DOMINGO A. CAILLAVA



NOVELA

COOPERATIVA EDITORIAL "PEGASO"

MONTEVIDEO - - 1922



AGRESTE

Del Autor:

SIERRAS Y LLANURAS. — Novelas cortas. — 1918.

LA LITERATURA GAUCHESCA EN EL URUGUAY. — Sinopsis histórica. — 1921.

DOMINGO A. CAILLAVA

AGRESTE

NOVELA



MONTEVIDEO
COOPERATIVA EDITORIAL "PEGASO"
1922

AGRESTE

I

Entre espesos nubarrones de formas diversas, agonizaba aquel día de octubre, sereno y melancólico. Rendidas ante tanta magnificencia, las praderas se adormecían plácidamente, y ni un balido lastimero, ni un arrullo quejumbroso, rompían el místico silencio de aquella hora, quizá para hacer más majestuosa la grandiosidad del atardecer. Sólo de los llanos y de las hondonadas, surgía el agorero graznido de las lechuzas, satisfechas de ver llegado el momento de sus nocturnas excursiones.

En la cercana loma se perfilaban aún las caprichosas siluetas de un grupo de eucaliptus, ombúes y paraísos que, en medio de las sombras del crepúsculo, parecían gigantescos fantasmas allí situados para amedrentar a los viandantes que cruzaban por el camino próximo. Cierta lucecilla roja oscilaba entre ellos, como un faro en aquel inmenso piélago de tinieblas. Merced a esta oportuna guía, un viajero que iba por el camino y que desconocía aquellas comarcas, comprendió

que tal luz era anuncio de vivienda humana y que de seguro encontraría buen albergue para pernoctar. Buscó la tranquera en el cerco de alambre que deslindaba el camino de los potreros de pastoreo y después de haberla traspuesto, se dirigió al paso, hacia donde brillaba la luz.

Al acercarse, los ladridos de los perros avisaron al amo de que alguien llegaba. Por eso cuando el forastero detuvo el caballo, ya aquél se le aproximaba procurando reconocerle.

—Con permiso, — balbuceó el que llegara.

—¿Quién es? — preguntó el otro.

—Gente buena.

—Abájese, entonce.

El desconocido no dejó repetir la invitación. Desmontó con agilidad y saludó al dueño de casa, quien hacía lo posible por observar las facciones del viajero aunque no le era dado verlas por la obscuridad que se extendía en torno.

Pidió permiso para desensillar y quedarse hasta el día siguiente, permiso que el amo concedió de inmediato sin averiguar previamente quien podía ser el forastero. Sin más preámbulos, éste, en un instante, quitó los arreos al caballo y luego lo soltó en el potrero que le irdicaron los peones.

Minutos más tarde los dos hombres platicaban en el comedor como antiguos conocidos, saboreando el mate amargo, en tanto no llegaba la hora de comer.

El dueño de casa lo miraba con atención de pies a cabeza, y como vestía bien, llevaba espuelas de oro y plata, poncho finísimo de vicuña y no era mal parecido, lo trató cortésmente, pues no cabía duda de que ya por los modales como por su amabilidad, el recién llegado debía ser persona de posición elevada. Por lo demás, su semblante risueño, sus ojos claros, sus cejas negras y pobladas, su bigotillo castaño bien cuidado y reluciente y sus mejillas trigueñas y sin barba inspiraban, a quien las mirara, ilimitada confianza.

Cuando se sentaron a la mesa, el amo, picado de curiosidad, le preguntó a donde se dirigía.

—A muy cerquita de aquí, respondió. Voy a la estancia de don Manduca Junqueiro Pintos, que según los datos que tengo, debe hallarse a unas seis leguas de este lugar.

Más o menos,—agregó el patrón.

De seguida dirigió los ojos a su mujer, que estaba sirviendo, y los dos se miraron como extrañados de que aquel hombre fuera para la estancia mencionada. Esta mirada no pasó inadvertida para el viajero, quién, a su vez, los observó minuciosamente, también extrañado de la impresión que el nombre de Manduca Junqueiro causaba en sus oyentes.

—¿Lo conocen?,—interrogó al propietario.

—Sí, pero escasa rilación tengo con él. Al hombre, parece que le gustara vivir medio solo, pues poco se da con la gente del pago y poco

se deja ver en reuniones de carreras o de pulpería.

—Así me han dicho.

—Entonce... ¿hace mucho que no lo ve, o que no viene por estos parajes?

—Sí, bastantes años...

El patrón, deseoso de saber qué lo llevaría al mozo a casa del estanciero brasileño, continuó preguntando:

—Y usted... ¿va a visitarlo?

—Tengo intenciones de pasar una temporadita con él, y si me gustara el lugar, pienso quedarme por algunos años.

Otra sorpresa llevó el amo al escuchar estas palabras. Tanta era su curiosidad, que no comía por atender lo que decía el desconocido y por mirarlo detenidamente.

Volvió a interrogarlo:

—¿Le parece que se hallará en esa estancia?

—No sé; quién sabe como estará aquéllo.

—Yo creo que más o menos como siempre. No sé decirle con certeza, porque nunca fuí a las casas; pero, por lo que oigo a los que van allí, maliceo que debe estar igual.

—Sí, muy atrasada. Me han dicho que todavía tiene ganados casi criollos y que se trabaja al sistema antiguo.

—Así dicen, y que trae muchas haciendas del Brasil, sin ser compradas, —agregó el patrón— no dándose exacta cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Sin ser compradas?,—preguntó el mozo con fingida naturalidad.

—Sí, negociadas quién sabe cómo.

—Vamos... este... robadas.

—Asigún dicen, ansina debe ser.

A partir de este punto, el mozo que se limitaba en la conversación sólo a responder, ahora interesado por las noticias que adquiría del dueño de casa fué el que siguió preguntando:

—Por eso es que está tan rico, ¿no?

—Así asigura la gente; yo no lo sé. Y después de un silencio, que sirvió al desconocido para coordinar un poco sus pensamientos y al patrón para masticar algunos bocados con glotonería, articuló el primero:

—Y dicen que por allá suceden cosas raras. ¿Es cierto?

—También oí algo de eso. No se lo puedo asegurar, pero parece que tuitos los que allí moran son gente de mala calaña; unos, porque les gusta lo ajeno; otros, porque son aficionados al cuchillo; y dispués, que suceden cosas en esa estancia que ni el mesmo diablo las ha de saber.

—¿Cómo es eso?

—Cerquita de lo de don Manduca, vive una vieja que hace muchos años está en el campo y sigún parece es la que trae todo revuelto con sus maldiciones, daños y embrujamientos. La casa, hay quien garante que está asombrada y tuito es obra de ella, créalo; y lo bueno es que ni el

propio don Manduca la puede echar de su propiedad, porque le tiene recelo y porque él mesmo le debe algunas atenciones a la bruja.

El forastero, inclinó la cabeza, caviloso, extrañado de lo que escuchaba y el patrón suspendió el relato por un momento, para que lo dicho causara en el otro la impresión que él deseaba.

— Cosas raras, ¿verdad? — murmuró al cabo de un rato.

— Ciertamente. Y, dígame amigo: ¿quiénes son los que están con don Manduca?

— Los piones, un tal Benavides, que hace de capataz y algunos agregados.

— ¿Y nadie más?

El patrón después de reflexionar, respondió:

— Vive tamién, no me acordaba ya, una moza que crió dende gurisa la finaíta mujer de don Manduca y que llaman Gabriela. ¿No la conoce?

— No; cuando me fuí de estos pagos, no estaba todavía en la estancia.

Ya finalizaba la cena; el dueño de casa que ardía en deseos de saber quién era el viajero y cuál el motivo que le llevaba a la casa de ese vecino que tenía tan mala fama en el pago, le preguntó:

— Si no es atrevimiento, ¿puedo saber su apelativo?

El forastero dudó un instante, si contestar o no. Por último, resolvió nombrarse:

— Me llamo Braulio Junqueiro Pintos, y soy hijo del hombre que estuvimos hablando.

Difícil explicar el estupor que causó en marido y mujer el nombre del desconocido. ¿Cómo pensar que aquel mozo, de apuesta arrogancia, de simpático semblante, fuera hijo del hacendado brasileño que malquerían todos los pobladores de la región, por sus audaces hazañas y sus continuos hurtos? Demás está decir que desconfiaron de la franqueza del huésped y bajo ningún concepto creyeron dijese su nombre verdadero. Desde tal momento, otro giro tomó la conversación y para nada se volvió a mentar a don Manduca, ni más nada se dijo de los graves sucesos que ocurrían en su casa. A las nueve, el amo acompañó a Braulio hasta una pieza que servía de dormitorio a los forasteros, y allí le dejó.

Noche intranquila pasó nuestro viajero a causa de la preocupación que le embargaba desde la cena. No pegó los ojos, si no por instantes, y eso que la cama era lo suficiente confortable para reposar cómodamente. A la aurora levantóse y se reunió con el amo quien lo miraba a hurtadillas con desconfianza. Braulio sentíase molestado en su presencia.

Aquel hombre que tan buena hospitalidad le proporcionara y que tan atento fué con él desde su llegada, detestaba a su padre, le acusaba de ladrón y vaya a saber de cuantas fechorías más.

La simpatía que le había inspirado el día anterior, al conocerle, se trocaba en encono, tal vez

en aborrecimiento. No era posible que fuese verdad todo lo que le dijera; no era posible que su padre, cuyo recuerdo siempre lo conservó en su memoria sino con cariño al menos con respeto, fuese un hombre de mal vivir.

Al asomarse el sol en el horizonte, ensilló su caballo con rapidez. Quería alejarse cuanto antes de allí. Ya lista la cabalgadura, se despidió del dueño de casa, agradeciéndole el buen alojamiento que le proporcionara.

Éste, al estrecharle la mano, se excusó:

— Amigo, discúlpeme por lo que le dije anoche. Cuente con un compañero y una casa a su disposición. Mi nombre es Nicasio Giménez, para lo que guste mandar.

—Gracias,—respondió Braulio—está disculpado, amigo.

En un segundo estuvo en la silla y tras breve reverencia con la cabeza al cruzar frente a la esposa de Giménez, marchó hacia la tranquera para tomar de nuevo el camino que traía la tarde anterior y que le conduciría a la estancia de su padre.

Siguió por la tortuosa senda que tan pronto se alcanzaba a ver a corta distancia como se perdía entre los pequeños desfiladeros o detrás de colinas prominentes. Braulio, no era conocedor de aquellos parajes; sin embargo, no tenía por qué temer extraviarse, ya que el camino era trillado y que sus lindes se hallaban cerradas

por líneas de alambres paralelas, una a diestra y otra a siniestra.

Marchaba sin parar mientes en las sinuosidades del terreno que atravesaba y menos todavía en las que dejaba a sus lados. Su ánimo no sentíase inclinado a la contemplación de paisajes. Por el contrario, toda su atención se reconcentraba en aquellas palabras que había escuchado de boca de Giménez y que tan mal parada dejaban la honra de su padre. Jamás oyó decir a nadie que era ladrón de ganados; jamás que su casa era refugió de malhechores; jamás que vivía retirado por completo de los convecinos del pago. Todo habrían de ser habladurías de gente holgazana, de envidiosos que codiciaban sus riquezas o de quienes le guardaban rencor por rencillas o incidentes sin importancia, tan comunes entre vecinos linderos. No obstante, cuanto más pensaba en esto y más quería convencerse de que lo que le dijeron era falso, más se aferraba en su pecho la duda de que pudiera estar engañado y que fueran verdaderas las acusaciones hechas por Giménez. ¡Ah!, si lo fueran, haría volver al caballo para desandar lo andado; porque prefería no verlo, y eso que llevaba más de veinte años lejos de él, antes de cerciorarse de que la terrible verdad fuera cierta. Y a medida que se acercaba, crecía su temor, mayores eran las dudas, al punto que por momentos sentía flaquear su cuerpo y latir con tal fuerza el corazón, que por

varias veces hubo de sujetar al caballo para poder recobrar alientos y tranquilizarse.

Cuando dejó la casa de su padrino y protector, don Silverio Quesada, para emprender este viaje, con cuánta alegría había salido pensando en que pronto vería al autor de sus días. Ahora en cambio, su alegría se cambiaba en pesadumbre, en inquietud, en desasosiego; en una sensación tan extraña, que tan pronto le infundía tristeza, como miedo. Nunca, como en este momento, resonaba en sus oídos lo que unos días antes de salir, le dijera su padrino: « Pensás quedarte por allá. Sin embargo, aquéllo no se ha hecho para vos. Ya volverás a estos pagos, buscando tu verdadera querencia, como vuelven las golondrinas, en llegando la primavera, a sus nidos abandonados ». — ¿Qué arcano escondían estas palabras? ¿Qué habría querido hacerle comprender el padrino, con esta comparación? No lo sabía, porque en tantos años que viviera junto a él, nunca le habló de su padre. Por un acaso inesperado, todo lo que en otrora parecíale insignificante unido a las misteriosas palabras del padrino, guardaban hilación directa con lo referido por Giménez.

El padrino sabía perfectamente quien era su padre, conocía sus vicios, sus maldades y nada quiso decirle, quizá por no quitarle la buena impresión que tenía de él. Pero no hizo bien. Debiera haberle dicho la verdad, para que nada

de lo que habría de ver después le produjese sorpresas desagradables.

Levantó la vista. El caballo acababa de subir una cuesta fatigosa. Al encumbrar la altura, Braulio divisó a corta distancia de allí, un establecimiento ganadero. Habría de ser el de don Manduca Junqueiro Pintos. La posición en que estaba situado, el aspecto general del caserío, la jornada recorrida, todo eran indicios de que no se equivocaba. Además creyó reconocer, aunque vagamente, que algo de lo que tenía delante de sus ojos, ya lo había visto en su adolescencia.

Estaba a un paso de llegar y su cuerpo temblaba como el de un azogado. ¿Cómo le recibiría su padre? Un momento más y la incógnita que le traía intranquilo, se esclarecería para siempre.

II

Sobre escarpada loma, cercana a la ribera izquierda de un río caudaloso que va a morir a la laguna Merim, está ubicada la estancia de don Manduca Junqueiro Pintos. Se compone de tres poblaciones: la principal que mira hacia el norte es una vieja casona, tosca y destruída, de paredes negruzcas y desaseadas, de techo de teja, cubierto de verdín, y se halla dividida en tres piezas. La del centro, denominada la *sala* por don Manduca, es una habitación de grandes dimensiones, que en la época en que sucedió esta historia servía de comedor y estaba alhajada con una mesa rústica, larga y grasienta; dos bancos de la misma medida que la mesa, colocados a ambos lados de ella; el armario de guardar la vajilla y otros utensillos, y un sillón, fabricado en casa, con madera de sauce y cuero de ternero. En los ángulos de la pieza, se veían gran cantidad de telarañas, que como valiosos encajes pendían del cielorraso o de las ventanas que sólo se abrían en verano. Las otras dos habitaciones, las ocupaban los dormitorios, amueblados por el estilo del comedor. El segundo edificio, lo forma un rancho de terrón y de techumbre de paja, mal construído y no mejor cuidado. Se divide en dos cuartuchos; uno que

era la habitación de los empleados o agregados de primera categoría, y el otro, que hace las veces de cocina, todo ennegrecido no solamente por el color natural de las paredes de tierra, sino por el humo y el hollín, que por su parte fueron tiñendo de obscuro el amarillo de la paja y el de las tablas de pino de la puerta que daba al patio; en el centro, ardía el fogón con riquísimo combustible traído del monte y encima de él, la trébede que sostenía las pavas con agua hirviente, siempre prontas para el que quisiera tomar mate, y las ollas y cacerolas en las cuales se hacían las comidas. Una mestiza, ya entrada en años, rotosa y con los pies sucios y desnudos, era la cocinera y la que lavaba la ropa usada, una vez por semana, bien en el remanso si el río estaba en cauce, bien en la *cachimba* si aquél se hallaba crecido o desbordado. La tercera población, la constituye un galpón de material, sin revoque, también de techo de paja, hecho de quincha que llaman de escalera y con mojinete hacia el lugar de donde soplan los fuertes huracanes. Por lo común, el galpón en la mayoría de las estancias, es el lugar más frecuentado por el personal y por los forasteros de poca intimidad. Allí hacen reunión los paisanos al amor de la lumbre en las tardes de invierno; allí se comentan los percances acontecidos en las faenas camperas o se hacen las apuestas para la *penca* a realizarse el domingo

próximo. Llegando la noche, tienden cama los peones con sus recados, ya sobre una pila de corambre seco, ya encima de los bolsones con lana; y allí se guardan los aperos, la zorra de traer agua, el mortero de pisar mazamorra, las pocas herramientas de labranza y los bancos de ceibo o de cabezas de vaca, en que se sientan los tertulianos a la hora del mate o cuando es menester lonjear cueros o ingerir el lazo cortado a raíz de un brusco tirón en la última hierra o parada de rodeo. A corta distancia está la manguera de palo o pique donde encerraban las tropillas al venir la aurora; el redil para los lanares; un corral pequeño de encerrar los terneros de las lecheras, y en el espacio que media entre éstos y el galpón, alzábase la clásica ramada de mataojo, siempre nueva, porque cada pocos meses don Manduca hacía cambiar el ramaje, de forma que hubiera en todo tiempo buena sombra bajo ella. Hay un descampado frente a la manguera y en él tres enormes postes de coronilla que servían de palenque para atar a los potros y redomones en la época de la doma, y en los alrededores de la estancia se ve sólo un ombú, porque el propietario decía que no eran precisos más árboles estando tan cerca el monte. Del patio arrancaba una senda angosta formada por la rastra del barril de acarrear agua desde el manantial o *cachimba* situado en la ladera y que por sus tortuosidades semejábase a una larga

culebra tendida sobre la floreciente yerba de primavera. El panorama que presenta la campiña visto de lo de Manduca, es hermoso y admirable para quien lo ve por vez primera; mas no así para los que viven todo el año, dado lo agreste y solitario del paraje, pues ningún camino cruza por las cercanías, y cuando se divisa un jinete en la cuchilla o en la picada, es sabido que viene a la estancia.

Hacia el norte se extienden varias lomas haciendo zig-zag, perdiéndose allá lejos, como si una tela confusa las cubriera; al este, una pendiente inclinada llega hasta la vega y ésta va a morir al pie de una sierra no muy alta, pero pedregosa y cortada casi a plomo como si fuese un acantilado; al sud y al oeste, la selva espesa y enmarañada que bordea al río por ambos lados; y en lontananza, primero una planicie exenta de fértil vegetación y luego, como el último telón de teatro, una cuchilla larga y verdosa que parece se juntara, en el confín lejano, con el azul del firmamento. La casa de Junqueiro y el monte, no están a más de seis cuadras de distancia entre sí, pero se encuentran separados por un estero peligroso a causa de los inmensos lodazales cubiertos totalmente por la paja brava. En los inviernos lluviosos, la vega y el bañado se cubren de agua por completo, no quedando más salida a los habitantes de aquella población que por las cuchillas. En cambio, en estío, con

la canícula, el estero despide al secarse un hedor putrefacto; y favorecidos por la atmósfera asaz cálida, los mosquitos, los tábanos y otros insectos imposibilitaban vivir en aquel lugar. Don Manduca y su gente, sin embargo, habíanse acostumbrado de tal modo a la vida triste, semi salvaje que llevaban, a respirar aquel aire malsano y a soportar con inexplicable resignación la molestia que producen las sabandijas, que jamás se les oyó la menor queja o deseos de marcharse a otros parajes. En esta región, la primavera, es lo más hermoso y agradable que entendimiento humano pueda concebir. El sol tibio y fecundante de octubre, hace reverdecer el pasto de la vega, y los llanos y las laderas se cubren de *macachines* y *vivís* que da gloria verlos. La selva se despereza de su letargo invernal; llénanse los árboles de tiernos follajes; vístense de rojo los viejos ceibos carcomidos, y la enredadera de *burucuyá*, trepándose por los arbustos, ofrece sus flores en forma de estrellas y de color violáceo. Las golondrinas trazan en el espacio diversos semi-círculos; las garzas de variados colores, emprenden vuelo a desconocidas comarcas; las pavas, en cuanto asoma la aurora o cae el crepúsculo, dejan oir sus voces bajas, pero penetrantes; los sabiáes vuelven a gorjear; las urracas, moviéndose agitadas en las ramas de los sauces, canturrean sus extrañas canciones, y por último, la demás caterva de pajarillos todos lo alborotan, volando de un

lado para otro, mientras se aprestan para construir de nuevo sus nidos. El río baja con lentitud y su murmurio es cada vez más suave; la paja de los esteros vuelve a retoñar y las lagunas se engalanan con flores de camalote y de otras plantas acuáticas. Hasta en la casa de don Manduca se notaba la venida de la primavera. En los días serenos y de sol, se tendían los aperos encima de los palos de la manguera; otro tanto se hacía con las ropas, los colchones de los catres y las pieles lanares para que no se apolillaran. Las puertas se abrían de par en par, y aprovechando la retirada de las aguas, se iba al monte y se hacía acopio de leña de espinillo y guayabo con que hacer lumbre; se encerraba el rebaño para señalar los corderos; se marcaban los terneros orejanos y los potrillos de la manada arisca. Algunos vecinos venían de paseo, y Gabriela y la peona, siendo el día bueno, en dos caballos mansos, salían a retribuir las visitas a las comadres más inmediatas, o por simple distracción al monte a comer pitangas y arazáes cuando estas frutas estaban en sazón.

Entonces el agreste paisaje, ornamentado con los primores de la estación más deliciosa, se transformaba en un cuadro bello y lozano. Así encontró Braulio la estancia de su padre y los sitios que la circundaban. Siete días que llegara y aunque en sus largos viajes por otros departamentos había visto paisajes muy pintorescos, no

cansábase de admirar por las mañanas, al levantarse, aquella pródiga naturaleza virgen, más embellecida a cada despertar con nuevos florecimientos, con nuevos matices en el conjunto verde obscuro de la selva, con nuevas melodías en los cantos de las aves silvestres, como si minuto por minuto la Naturaleza fuera llenándose de vitalidad, merced a la templanza del tiempo y a las benéficas lluvias, que con cortas intermitencias, caían sobre los campos, para hacer más jugosas las pasturas y más diáfana y abundante el agua de las vertientes. Braulio sentíase dichoso ante tanta magnificencia; en cambio, los viejos moradores de la estancia, lo inquietaban un poco. Sin embargo, no podía quejarse de que don Manduca le hubiera recibido mal. Lo abrazó con cariño, ordenó al personal que le sirviera con esmero e hizo preparar para el día siguiente un suculento almuerzo, celebrando la llegada del hijo ausente ha muchos años. Y bueno es advertir que regocijos de este jaez, muy pocos veces se vieron en la estancia. Don Manduca no gustaba de risas, de jaranas y menos aún, de cantos y de músicas. Por eso, en su casa jamás oyóse gemir a una guitarra ni cantar a los peones algún estilo o vidalita. Poseía el hombre un carácter poco común. Por lo regular, hallábase triste, al menos aparentemente, y con frecuencia malhumorado, al punto que sin previa causa, insultaba a los poenes, maldecía su negra suerte y hasta la emprendía con Ga-

briela, que sin ser nada suyo, la quería lo bastante como para considerarla cual hija propia, tal vez porque la tuvo consigo desde que naciera.

Con tal carácter, no podía ser expansivo con nadie; y si a alguno habría de confiar su pensamiento hacíalo únicamente con Indalecio Benavides, su hombre de confianza. Aún mismo de asuntos de poca importarcia hablaba poco, pero en cambio debía pensar mucho, porque pasaba largas horas absorto, meditabundo, en ocasiones sentado bajo el galpón, uno de sus lugares favoritos; y rara vez, en la *sala*, con la vista clavada en las tablas mugrientas del piso y fumando cigarrillos de tabaco brasilero, uno tras otro, los que inundaban el ambiente con su aroma fuerte y repulsivo. ¡Cuántas y cuántas cosas cruzarían por aquel cerebro!; pero ¿cómo llegarlas a saber? Don Manduca era reservado y además no tenía porqué hablar. ¿Qué importaba a los demás lo que pensaba y lo que proyectaba hacer? ¿Acaso eran confidentes suyos o partícipes en sus negocios? Nada de eso. Era dueño absoluto de los miles de haciendas que pacían en las tierras de su heredad y que adquirió, según él, con trabajo constante y con firme perseverancia, aunque no faltaban malas lenguas que dijesen que su caudal lo formó marcando terneros ajenos, dando dineros sobre hipotecas con intereses exorbitantes y valiéndose de otras artimañas para quedarse con lo del prójimo. Poco lo preocupa-

ban los díceres de la gente del pago. Él vivía más o menos tranquilo en su casa; no salía a molestar a nadie, pero no permitía tampoco que viniesen allí con dimes y diretes o palabras amenazantes, porque eso sería provocarle y él no habría de tolerar ninguna provocación.

Levantábase de madrugada; comía un churrasco que los peones asaban sobre las brasas del fogón, mientras sorbía el mate amargo y aguardaba a que amaneciera para ir al campo. Su principal distracción y su gusto mayor, estribaba en recorrer de un extremo a otro la estancia toda, deteniéndose en los grupos de ganado para mirar si mejoraban de carnes, si engordaban, si los terneros seguían a las madres y si se criaban sanos y robustos. Y con qué gozo contemplaba la hacienda cuando, con las estaciones propicias, se ponía de buen pelo y redonda de gordura; con qué gozo miraba desvellonar las ovejas en la esquila, pensando en el rendimiento que le darían; con qué gozo tarjaba en un palillo rústico los cientos de terneros que se marcaban en la hierra. Esto era trabajar, esta era la justa recompensa de sus malos ratos y desvelos por obtener lo que poseía. Qué satisfacción más grande cuando llenaba una pequeña caja de acero con monedas de oro, resultado en efectivo del disfrute anual. No sólo salía al campo para entretenerse y deleitarse en mirar lo que era suyo, no; salía también para revisar el trabajo de los peones en

las composturas de los cercos de alambre o en las cuereadas de animales muertos por epidemia.

Había días en que tornaba taciturno, adusto, con una expresión extraña en su cara trigueña, con el sombrero sobre las cejas para que no le viesen los ojos; y esto acontecía cuando pasaba a la vera de cierta tapera que había en el campo o cuando veía a la vieja Faustina, frente a su choza, ocupada en algunos menesteres.

Por lo demás, don Manduca, en medio del ambiente en que vivía se consideraba feliz; no había ambicionado nunca ir a visitar pueblos o parajes desconocidos; él, con estar en lo que era suyo, vigilar sus ganados, comer en abundancia y dormir mejor, tenía lo bastante. ¿Para qué comodidas o relaciones con amigos o vecinos próximos? Todos los placeres, las amistades, los buenos momentos de su vida, se refundían en una sola cosa: la riqueza. Poseer mucho y esforzarse por poseer aún más, era el lema que se había propuesto desarrollar mientras durara su existencia.

Y por cierto que se cumplía a la perfección. A pesar del buen recibimiento que tributaron a Braulio, tanto su padre como Gabriela y el personal del servicio, aquél no se encontraba a gusto en esta estancia triste, no sólo por su aspecto y el paisaje que la rodeaba, sino también por sus moradores. Y no se piense que la extraña actitud de don Manduca, así como los tipos de facinero-

sos que tenían los peones y agregados, bien por sus facciones toscas y desproporcionadas, bien por sus costumbres y vestimentas o ya por los inmensos facones y revólvers que cargaban en la cintura, fué lo que más le preocupó. Lo que le intranquilizaba, era la risa burlona y la mirada dura y enigmática de Gabriela cada vez que se encontraban frente a frente, a las horas de la comida o en otras ocasiones. No podía explicarse aquella actitud hostil para con él, precisamente de la persona con quien había procurado intimar amistad, pues que fué la única que le inspiró una pequeña simpatía que pudiera ser la atracción que despierta en todo hombre, la figura de una mujer joven y esbelta, como también la compasión que le inspirara al pensar qué sería de ella entre aquella gente abyecta y bárbara.

Mucho íbale a costar adaptarse a vivir en tal ambiente; empero, haría lo posible por llevarse bien con los de la casa, ya que le traía el proyecto de constituir una sociedad comercial con su padre para explotar, con modernos métodos, su establecimiento ganadero. La iniciativa, probablemente, no tendría buena acogida por parte de don Manduca, dado lo retrógrado y rutinario de su sistema y de su desdén para todos los procedimientos de origen extranjero; más, no obstante, mantenía la esperanza de convencerlo y hacerle cambiar de opinión.

Inspiraba lástima ver con qué rigor y crueldad

trataban a la hacienda y cómo se perdían sinnúmero de reses por holgazanería y falta de cuidado; era una aberración continuar con ganados criollos, cuando éstos se valorizaban extraordinariamente y cuando crecía el valor de las tierras en proporciones jamás calculadas. Con tal modo de explotarlas, aquéllo no daba el interés del capital que representaban las cuatro mil hectáreas de campo y los tres mil vacunos que las poblaban. Se hacía necesario trocar de régimen para que el establecimiento produjese lo que realmente debía producir.

Braulio hablaría con su padre sobre tales asuntos y le explicaría con claridad las razones en que se fundaba para optar por otros sistemas de explotación que facilitasen las tareas y que, por lo tanto, beneficiaran a los ganados.

Todo se podía hacer; las tierras eran relativamente buenas, bastante fértiles y abundantes en yerbas alimenticias; los rebaños, aunque deficientes de calidad, se podían mestizar en pocos años trayendo buenos sementales, lo mismo que la cría de yeguarizos. Lo que se precisaba era la mano hábil y competente del hacendado moderno, a quien los obstáculos más difíciles no le impiden llevar a cabo su obra de civilización y progreso. Y Braulio sentíase con condiciones especiales para emprender esa obra, al parecer harto costosa, y lo es realmente para el que no tiene noción alguna al respecto; pero no para nuestro hombre, que

había pasado varios años trabajando en cierto establecimiento pastoril ultra-mderno de uno de nuestros departamentos del litoral.

III

Así fué que una tarde que salieron juntos, padre e hijo, a recorrer los potreros de invernada, éste se decidió hablarle al primero de sus propósitos de reformas y de constituir la sociedad que había pensado. Don Manduca lo escuchó sin decir absoluamente nada, y después que el joven terminó de explicar el motivo que le indujo a comunicarle sus proyectos, que no era otro que el deseo de mejorar las razas y de concluir con los procedimientos anticuados, inclinó el ala del sombrero para que le cubriera los ojos y murmuró con voz gangosa:

—Está bueno; eso es muy lindo, pero se necesita mucha plata pa hacer todito lo que usted quiere.

Braulio no negó que era menester invertir algunos miles de pesos en tal obra; pero ¿qué importaba la inversión de más capital si pronto pagaría con creces los gastos ocasionados? Además se podría empezar con poco, sin arriesgar sumas cuantiosas en la transformación del establecimieto y en las compras de animales finos; cuestión de decidirse y ponerse de inmediato a la empresa. El estaba resuelto a trabajar; de ahí que le propusiera formar una sociedad, en la que aportaría como único capital, su inteligencia, su saber y

todas sus energías de hombre acostumbrado al asiduo trabajo, ya que era pobre y que a penas contaba con lo necesario para vivir modestamente.

De esta suerte, continuó Braulio, perorando mientras cruzaban los potreros de uno a otro extremo, vigilando los lotes de novillos en plena preparación de engorde, y las zanjas y los bañados, por si en esos parajes hubieran animales caídos en los pantanos o muertos entre los pajonales.

Como Braulio no cejaba de insistir en sus ideas, el viejo estanciero forzábase por encontrar algún plan que desbastara su proyecto, desde que esta proposición le había tomado de sorpresa; y no hallándolo, recurrió al pretexto de que tenía capataz con grandes atribuciones para manejar su estancia y nada podía resolver sin antes consultarle, aunque estaba persuadido de que éste no aceptaría las innovaciones.

Braulio recordó que Giménez habíale hablado de ese capataz y que también le dijo su nombre, pero como hasta este momento no lo había visto ni lo oyó nombrar, no pudo acordarse como se llamaba. De ahí que le preguntara a don Manduca por él.

—Dende hace unos días el hombre anda por el Brasil, pues lo mandé a que me comprara un ganaíto que me ofrecieron de allá, de Santa Victoria. ¿Conoce esos parajes?...

El joven negó con la cabeza.

Según don Manduca, Indalecio Benavides era

persona competente para las faenas pastoriles, lo que denominan nuestros rurales: un hombre campero. Es cierto que tenía su geniecillo agresivo, y como gozaba de fama de guapo, era imprudencia contrariarlo; pero aparte de estas insignificancias, poseía buenas condiciones: fiel servidor, hombre de confianza y buen compañero para un caso de peligro.

Siguiera don Manduca haciendo el panegírico de su capataz, si Braulio, harto ya de oirlo, no le hubiese cortado el discurso con preguntas que en nada se relacionaban con lo que estaba diciendo. Y como su padre guardara silencio, volvió por sus fueros, empeñándose en convencerlo de la necesidad que había de introducir muchas modificaciones en el método de trabajar con la hacienda.

Don Manduca, fastidiado de escuchar a Braulio, se movía en la silla; cambiaba el cigarillo de un lado a otro de los labios; se acariciaba la lacia cabellera que casi le llegaba a los hombros, y, de vez en cuando, salía de su boca como un rugido o carraspera, indicios de desagrado, que el mozo no los entendía o fingía no entender.

Por último, viendo que todas aquellas demostraciones no surtían efecto, concluyó por decirle casi a gritos:

—Mire amigo, no necesito que siga siempre dale que dale con lo mesmo; ya sé lo que quiere y lo que dice que va hacer. Deme tiempo pa pensar las cosas. Más adelante, le diré mi risolución.

Después de estas palabras, no se aventuró Braulio a insistir más; calló un momento, y luego continuó conversando de asuntos indiferentes en los cuales don Manduca no paraba la atención por el enojo que le dominaba y por mirar las novedades que descubría a cada instante, ora en los ribazos llenos de nueva brotación, ora en las quebradas pedregosas, donde se guarecían decenas de novillos para pasar la noche amparados de los fuertes vientos primaverales.

Ya caía el sol como a un abismo, detrás de la lejana cuchilla, cuando nuestros hombres descendieron la sierra y entraron en la vega. Allí, en un recodo formado por enormes moles de piedra ocultas entre éstas y las breñas, como para que ojos escudriñadores no la descubrieran, Braulio vió una choza de paja, con una puertecilla estrecha y baja que cerraba la única entrada.

—¿Vive ahí algún puestero?, — interrogó el joven.

— Sí, una mujer que antiguamente fué piona en casa.

No había don Manduca terminado de responder, cuando apareció por entre los zarzales cercanos a la choza, como espectro fantasmagórico, una vieja pequeña y enjuta; mestiza, según lo atestiguaban el color de su tez y sus ojillos vivos y relucientes; harapienta y con un pañuelo negro en la cabeza, que dejaba al descubierto mechones de pelo gris, sucios y desgreñados. Traía sobre el

pecho, sujetándolo con ambas manos, un hatillo de juncos y charamuscas que juntara en la serranía para hacer lumbre. Esta aparición, tanto sorprendió a Braulio que no pudo por menos de preguntar a su padre si sería esa mujer la *vieja Faustina*. Efectivamente, era el personaje que conocía por referencias y que gozaba fama en el pago de ser *bruja*.

La miró con atención desde cierta distancia, porque su padre no quiso acercarse, y notó en sus facciones una rara expresión de angustia y fiereza a un misno tiempo.

La vieja los saludó con un rápido movimiento de cabeza y ellos retribuyeron el saludo en igual forma.

Mientras seguían a paso lento, Braulio volvíase a cada instante para mirarla de nuevo. Don Manduca, disgustado por aquel encuentro y más todavía por la impresión que éste produjo en el joven, deseando alejarse cuanto antes de tal sitio, le dijo:

—Vamo a galopiar, amigo, que la noche ya está encima. Y sin aguardar a que su hijo diera su conformidad, atizó un latigazo al caballo y salió al galope. Otro tanto hizo Braulio, y aún perduraba el crepúsculo vespertino en el lejano confín cuando llegaron a la estancia.

A la hora de la cena, no se sintió con humor de chancear con Gabriela ni de animar la reunión con anécdotas o historias, como otras veces,

quizá porque la figura de la mestiza quedó grabada en su mente de tal modo, que su propia voluntad no bastó para alejarla de ella.

Por la noche, en su cuarto, le aconteció algo semejante. Creía verla en la penumbra que hacía la luz de la vela, detrás de algún mueble; parecíale que sus ojos fosforecentes le atistaban por la ventana aunque no creía en sortilegios ni en tonterías de este jaez. No obstante, sin explicarse él mismo el por qué de tal obsesión, la figura de aquella mujer le impresionó lo bastante como para quitarle el sosiego. Estaba acostado, en obscuras, sin poder reconciliar el sueño y cualquier ruido nocturno, el crujir de la madera, el golpe sigiloso del postigo cuando alguna racha entraba por los cristales rotos, el aullido de los perros, era lo suficiente para que sintiese terribles estremecimientos.

Qué noche eterna aquélla. Si parecía que el reloj de campana marchaba con más lentitud o se olvidaba de dar las horas. El solemne silencio le obligó a pensar en muchas cosas. Qué distinta esta vida de la que llevaba en la estancia donde lo empleó su padrino para practicar los nuevos métodos ganaderos, después de haber pasado varios años en la escuela del pueblo aprendiendo a leer, a escribir, a hacer cuentas y un poco de algunas cosillas más. Qué diferencia mediaba entre aquel establecimiento montado a la perfección con el de don Manduca. Y luego, las

ideas retrógradas de éste, la ignorancia y holgazanería del personal que le acompañaba y más aún, el misterio que envolvía todo lo de allí y que él no podía esclarecerlo a pesar de sus continuas investigaciones y de los datos que le había dado Giménez.

Cuán distinto era él de su padre y de aquella gente. Que mal lo comprendían, cuando él si ansiaba introducir reformas útiles, no le llevaba el interés de obtener ganancias fabulosas para sí, si no el de hacer progresar la zona, en general muy atrasada, no tanto por la falta de medios de comunicación, como por la índole de los individuos que la poblaban. Y deseaba el bien colectivo; ayudar a los hacendados de poco capital, aunque no con dinero, pero sí con sus ideas y con su saber; bogar por la instalación de una escuela en las inmediaciones, desde que la más próxima hallábase a ocho leguas de distancia; combatir por uno u otro medio, pero sin violencia, el caudillaje y sobre todo el matrerismo y la vagancia.

Por momentos se desalentaba y le parecía conveniente abandonar aquéllo y volver a Soriano, más se acordaba de Gabriela, que le trató siempre con afecto y no se atrevía a tomar ninguna resolución.

Dado a estas cavilaciones pasó Braulio toda la noche sin poder cerrar los ojos; y cuando, por las rendijas de la ventana desvencijada, entró

una tenue claridad azul-violeta, anuncio de que venía el alba, al tiempo que todos los gallos, unos tras de otros, saludaban con sus cantos el nuevo amanecer, se adormeció rendido de cansancio, balbuceando un nombre:

—¡Gabriela!

IV

—Juancito, retirá el fuego del horno que ya está muy caliente, — dijo una voz de sonoro metal desde la puerta del comedor.

Sus dulces vibraciones fueron oídas por el aludido que se hallaba partiendo leña cerca del galpón. Dejó el hacha; restregóse los ojos con una manga del saco, y después de largo bostezo, se dispuso a cumplir la orden de la patrona.

Desde antes de clarear manaba del respiradero del horno una columna de humo; trajinaban sin descanso Gabriela y la peona en la preparación de la masa para confeccionar el pan casero; comían carne asada algunos de los hombres junto al fogón, y otros traían del *piquete* las tropillas descansadas para ensillarlas e ir a parar rodeo en el «potrero de los abrojales».

Juancito quitó la tapa; con un palo largo que tenía en uno de los extremos un arco de latón, limpió el interior del horno arrojando fuera las cenizas y las brasas aún encendidas. Una vez listo fué a avisarle a Gabriela que estaba pronto.

— Ta lindo como pa freir chinchulines,—díjole desde la puerta. El ama ayudada por la peona llevó la masa sobre una tabla totalmente cubierta por una frazada de lana para que no se *pasmase*. Cogió la pala, y aquí comenzó la tarea más

desagradable: la de poner los panes en el interior del horno. Cada vez que acercábase a la puerta, una bocanada de aire caliente le congestionaba la cara obligándola a echarse atrás para librarse de ella, pero volviendo en seguida a la operación sin cejar por un momento.

Otro más y otro más. Así iban los pedazos informes de masa cruda llenando el horno y tostándose al instante debido a la alta temperatura, mientras Gabriela presurosa movíalos y removíalos para que se cocieran mejor.

¡Qué bien lució el sol naciente sus chorros de oro sobre el vestido de zaraza y el pañuelo blanco que llevaba la muchacha en la cabeza! Su rostro juvenil parecía más fresco que otras veces, como una de las tantas campánulas que se abrían en esos instantes. Rosado, casi rojo, a causa del calor; el cutis curtido por el aire y el sol; la nariz aguileña, un poco deformada por golpes llevados en la niñez; los labios carnudos y húmedos, y los cabellos que aparecían por entre el pañuelo y la cabeza, negros y brillantes, pero sin peinar aún, tal vez por falta de tiempo.

Así la vió Braulio al asomarse al patio, después de la terrible noche que pasara y no pudo por menos que quedarse largo rato contemplándola en silencio.

Ella que lo había visto desde que apareció en la puerta, le gritó en son de mofa:

—Braulio, ¿qué hace ahí parado como poste

de alambrado? El mozo, sin contestar, satisfecho de saber que había notado su presencia, se acercó.

—Siempre trabajadora, Gabriela.

—Es la obligación. Y usted, ¿no va al campo?

—Sí, pero por lo que veo todos ya se han ido y me dejaron.

—Se fueron antes de salir el sol. Ya deben tener el rodeo parao. ¿A ver?

Dejó sus ocupaciones, corriendo subió a un matorral que se hallaba allí próximo, y desde él, colocándose una de las manos sobre las cejas para que la luz del sol no le impidiera observar las novedades que ocurrían en el campo, anunció:

—Ya llegan las puntas de novillos al rodeo.

—Y tata, ¿también fué?

—Sí, junto con los piones.

Braulio, viendo que no llegaría a tiempo al trabajo optó por quedarse, pues se sentía sin humor para nada a causa de la mala noche pasada.

—La voy a ayudar. ¿Qué ocupación me dará?

—¿Usted trabajando en ésto? Deje que no sabe,—contestó Gabriela soltando el trapo a reir.

Su carcajada se unió al cántico de las aves posadas en las ramas del ombú y resonó tan fuerte que repercutió en todos los ámbitos, trasmitida por la atmósfera diáfana y tranquila.

Había terminado de poner la masa en el horno. Colocó la tapa y volviéndose al mozo, sonriente y ufana de ver adelantada su labor, le dijo:

— Ahora hay que dejarlos un ratito encerrados pa que se tuesten bien.

— Qué guapa es usted, Gabriela. Desde la mañana hasta la noche, la veo todo el día ocupada en una cosa o en otra.

— En la casa siempre hay mucho que hacer.

— Es cierto, pero no todos tienen la voluntad de usted.

— Desde chica me enseñaron a trabajar y hoy ya no me acobarda ni desagrada la lidia como antes, cuando gurisa que lo que quería era estar tuito el día sacando pichones de los nidos de pájaros, apedreando a los pavos y las gallinas o tirándole de las orejas a los perros.

Gabriela, apoyada en la base inferior del horno, empezó a contar algunos detalles de su vida, sin que él nada le pidiera. Había oído decir que era hija de una puestera que vivió en un extremo del campo, allá en la destruída tapera de la que ya se ha hablado anteriormente.

Su padre, murió siendo muy niña, por eso no recordaba sus rasgos fisonómicos, y su madre pereció años más tarde en un voraz incendio que destruyó en pocos minutos la población en que habitaban. Ella se salvó milagrosamente gracias a Faustina y a Indadelecio que, como estaban allí cuando se produjo el siniestro, la recogieron y la llevaron a la estancia. En esa época tenía apenas ocho años y como quedara huérfana, don Manduca la prohijó y la hizo cuidar por la

peona. Más tarde, una vez que vinieron los misioneros al pago, la llevó a la pulpería para que éstos la bautizaran, saliendo él de padrino. Entre aquellos viejos muros y aquella gente hosca y temeraria creció como débil margarita en medio de punzantes zarzales, sin saber del mundo más que lo que veía en derredor suyo y sin disfrutar durante el año de un verdadero día de asueto y de jolgorio, porque no la llevaban a reuniones de carreras, a bailes u otras fiestas. Se divertía únicamente cuando al llegar el verano, iba al monte acompañada por la peona a comer pitangas, pues con tal pretexto recorría las sendas ocultas, escudriñaba los charcos y lagunas y se bañaba en el agua templada del remanso Día de dicha para Gabriela porque podía cantar, sin que a nadie molestara su canto, porque trepaba a los árboles, recogía flores silvestres, tan pronto se arrojaba sobre el blando colchón de pasto como corría cual una desaforadada tras las mariposas pájaros o reptiles. Cómo se entretenía con estas pequeñeces y cómo tornaba al obscurecer, transida y somnolienta, después de tanto retozo; a tal punto que, en llegando a la casa, no podía por menos de tenderse sobre su cama y así quedaba hasta el siguiente día dormida como un lirón. En la hierra también mucho se divertía, porque venían los vecinos, los mozos errantes y algunas de sus amigas, siendo el único día del año en que veía tanta gente junta, en que oía tantos gritos y risotadas y en que notaba en

el rostro de don Manduca, una expresión de contento y de amabilidad. No sabía de otros placeres y espectáculos que el de los paseos al monte y el del rudo trabajo de la marcación; de ahí que ésta le pareciera una fiesta alegre e interesante. Por lo demás, no conocía otros parajes que aquel en que se crió, bravío y solitario, el cual, juntamente con el carácter de su padrino y el de los otros hombres que allí moraban, contribuyó a que el suyo también fuera poco comunicativo, triste y desconfiado. La influencia avasalladora de la naturaleza, así como también la vida y costumbres de los lugareños, apartados casi en absoluto del roce con personas mediananamente cultas, quedaron impresos en ella con rasgos indelebles y característicos. Por eso era tosca en el trato para con los demás y por eso conservaba la mirada enérgica y montaraz de la raza indígena que tanto hacía cavilar a Braulio. Los gestos torpes y el vocabulario asaz grosero y congruente de sus compañeros de tal manera contaminaron a Gabriela que, sin pretenderlo, imitaba sus modales peculiares y hasta opinaba como ellos, pareciéndole buenas, muchas de sus negras ideas y de sus instintos bestiales. Sin embargo, Gabriela era honrada y parecerá paradoja que a pesar de tan mala companía, estuviera orgullosa de su limpia virtud, tanto que cuando algún mozalbete intentó pellizcarle los brazos o acariciarle el rostro, lo rechazó con violencia, arrojándole con lo que

hallase al alcance de las manos. No sabía lo que eran idilios de amor, porque no tuvo tiempo ni ocasión de verlos ni de pensar en ellos y eso que contaba con veinticinco años, poseía un cuerpo bien torneado y vigoroso y en sus facciones descollaba sobre los demás encantos, una salud lozana y exuberante. ¿Cómo pensar en novios, si nadie le dijo jamás una frase cariñosa? No obstante, recordaba que una vez que zurcía calcetines junto a la ventana, echando de cuando en cuando una mirada investigadora sobre las grandes extensiones de tierra virgen, salpicada por pequeñas viviendas, pensó que en una de esas vivía una pareja recién casada y en lo felices que serían en medio de aquella majestuosa soledad. Esa fué la primera y única vez que soñó con llegar a poseer una casita y un hombre que la quisiese, aunque en recompensa tuviera que hacer todos sus gustos... No se sentía aburrida y cansada de la estancia de don Manduca y de servir a éste lo mejor que pudiera. Nada de eso; era agradecida y no podía olvidar lo mucho que hizo su padrino por ella y el cariño que creía le profesase. Nada más que como aquéllo era muy triste, había momentos en que un no sé qué misterioso hacía vibrar su sensibilidad, sintiéndose con deseos de corretear por el campo y de irse a comarcas desconocidas. Pero estas locas expansiones poco duraban, pues bastaba un grito del patrón o una orden de Indalecio, para que la hicieran recordar

que no tenía derecho a salir sola al campo y menos aún a marcharse a otros lugares, ya que pertenecía al amo y que era el único que podía disponer de su porvenir y hasta de su vida. No por esto se indignaba; desde chica habíanla acostumbrado a ser sumisa y obediente y estaba conforme con su suerte hallándose dispuesta a acatar siempre lo que mandara el padrino.

Por tal razón, cuando Braulio esa mañana, entre broma y broma, le habló de un supuesto pretendiente, al instante púsose roja, cesó la risa y clavó los ojos en el suelo, como si un pensamiento espantoso hubiera acudido a su memoria. En vano Braulio siguió con sus chanzas; Gabriela no sonrió más, y procurando disimular su turbación, contestó con evasivas, haciendo lo indecible para cambiar de tema. Por último, acosada por las preguntas del mozo, concluyó por decirle que nó; que no tenía novio; y para no dar otras explicaciones, pretextó que el pan ya estaría pronto y que había que sacarlo. Quitó la tapa, y después de cerciorarse que efectivamente la masa estaba cocida, empezó a extraerlos uno a uno, ayudada por Braulio que se encargaba de irlos poniendo dentro de una cesta.

El joven la miraba con disimulo; no sabía francamente a qué culpar el cambio tan rápido que se operó en ella. ¿Había en su vida algún secreto que no se atrevía a revelar? Otro misterio más se unía a los que iba descubriendo a medida que pasaba el tiempo.

Mientras trabajaban, Gabriela le explicaba cuales eran los panes mejor tostados y cuales los que, ya por su mala elaboración o por el sitio que ocuparon en el horno, no se cocieron bien. Braulio la escuchaba atentamente, no por lo que decía, si no porque su voz límpida y bien timbrada sonaba en su oído con dulce modulidad.

Nunca se había mostrado tan franca y expansiva, ni nunca le había hablado tan seriamente como ese día.

Concluida la tarea de extraer el pan, Ga-Gabriela cogió la cesta, y le dijo:

—Ahora, basta de prosa que tengo que acomodar la casa.

Se fué al comedor y Braulio, fijo en su puesto, la siguió con la vista sin perder detalle de la forma de su cuerpo y de sus andares, hasta que traspuso el umbral de la puerta.

Después, para disimular su preocupación, comenzó a caminar lentamente hacia el ombú. Nadie andaba por allí; no podía encontrar lugar más a propósito para estar solo y entregarse por completo a las reflexiones que le asaltaban desde la víspera por la tarde. Se sentó al pie del árbol sobre sus gruesas y nudosas raíces, y estúvose largo rato contemplando el hermoso conjunto que formaban la vega, el estero y los variados matices de verde que lucía la selva en su nueva brotación.

¡Dios mío, qué apacible calma reinaba en el cielo azul purísimo, en el aire suave y templado,

en la tierra iluminada por un sol fuerte y fecundante que obligaba por momentos a entornar la vista! ¡Cómo contrastaba la calma del cielo, del aire y de la tierra con la intranquilidad que sentía en su alma! ¿Cuál la razón de este desasosiego? No se la explicaba.

¿Qué le importaba la vieja Faustina, ni sus sortilegios y hechicerías si él no creía en esas cosas? ¿Qué, el cambio brusco e inexplicable que experimentó Gabriela cuando le preguntó si tenía novio? ¿Qué la vida semi nómade que hacía su padre, por su propia voluntad, si a él nadie le obligaba a permanecer en la estancia? A pesar de no hallar razón para preocuparse así, no podía menos de sentir una gran inquietud. Aquella expresión de tristeza y de pudor que se reflejó en la cara de Gabriela al hablarle de un supuesto pretendiendiente, y todos los detalles de su vida estúpida pasada entre aquellos hombres, que hacían de ella un estropajo, una bestiecilla acostumbrada a obedecer sin revelarse jamás contra el látigo del amo, era lo que le intranquilizaba más; y él aunque no tenía porque intervenir en la vida de Gabriela, se enfurecía cada vez que su padre la rezongaba, y la compadecía cuando la veía trabajando sin levantar la vista del suelo y sin cambiar una sola palabra con los demás, no sólo por respeto a su padrino, cuanto por el cansancio que la dominaba. Ella únicamente sonreía, cuando Braulio, después de cena, contaba anécdotas chis

tosas, y su sonrisa era tan agradable que, por verla, muchas veces, rebuscaba en su magín alguna tontería que pudiera causar gracia a la joven. No sabía a que atribuir el porque de su mirada dura y enigmática; si era un rasgo innato en ella o si fué causado por alguna contrariedad sufrida en su vida. Y recordaba que cuando habló sobre su niñez, no había tal expresión en sus ojos; pero cuando le habló del novio, respondió negativamente clavándolos en los suyos con tal imperio que le hicieron conmover.

Braulio, con la cabeza apoyada en las manos y el cuerpo casi tendido sobre las raíces del ombú, continuó entregado a sus pensamientos sin parar mientes en lo que ocurría a su lado, hasta que sintió un golpecito en el hombro izquierdo.

Al volverse, se encontró con don Manduca que le miraba atentamente.

—¿Se durmió hoy, amigo?

—Pasé mala noche y por eso no fuí al rodeo.

Una sarcástica sonrisa se dibujó en los labios del viejo; y después de un breve cambio de palabras, se fueron juntos al comedor donde Gabriela los esperaba para servir el almuerzo.

V

Una semana más tarde llegó el *chasque* enviado por Indalecio Benavides anunciando su próxima llegada con la tropa que traía del Brasil. Con tal motivo, notóse en la estancia una gran actividad. Los peones y agregados, bajo las órdenes del patrón, fueron al monte a hacer un camino lo suficientemente ancho que permitiera pasar, sin enojosas dificultades, el ganado a la orrilla opuesta del río para aminorar la distancia, pues don Manduca lo destinaba a otro campo que poseía a unas diez leguas de aquel paraje, y que según él, era más rico en pasturas y hallábanse en excelentes condiciones los cercos de alambre. A los recios golpes de las hachas que caían implacables primero sobre los ramajes para facilitar el desmonte y luego sobre los duros y gruesos troncos, se abría la *picada:* un corredor angosto y desigual, librando los canales fangosos y los escarpados matorrales, de seis cuadras de largo y que iba a terminar a la orilla del río, lugar de poca profundidad y de fondo arcilloso. Los ramajes poníanlos a uno y otro lado de la *picada* a guisa de cerco, de suerte que los animales no fueran a desparramarse por entre la selva, y los robustos vástagos amontonábanlos en un lugar exento de vegetación para cuando estuvieran secos llevarlos

a la casa y hacer lumbre con ellos. Ocupado en este trabajo, dos días pasó el personal, y hasta don Manduca y Braulio tuvieron que prestar ayuda para terminarlo lo antes posible porque la tropa venía ya muy cerca.

El día destinado para la llegada, amaneció lleno de nubes grises, señales seguras de que horas después habría de llover. Desde la mañana, don Manduca dispuso que dos hombres salieran a recorrer el sitio por donde debía vadear el ganado y vigilar las cercanías por si los vecinos estuviesen acechándolos, ya que era una cruzada prohibida por el propietario de las tierras allende el río y por otras razones que no quiso explicar. Los demás fueron al encuentro de la tropa para ayudar a los conductores en la travesía del estero, porque entre los altos y compactos pajonales, podían extraviarse o dejarse estar allí ocultos algunos novillos resabiados. Don Manduca esperaba en la estancia al *chasque,* pero como éste no aparecía, impaciente y malhumorado, salía al patio, dirigía la vista a los lugares por donde habría de venir, tornando después al galpón a continuar el mate amargo que le cebaba un negrito semi-desnudo

Recién a media tarde, cuando comenzaba a llover, llegó un jinete, en un flaco y manso rocín, quién dijo al amo qne la tropa había entrado a su campo.

—¿Naide los ha visto?

—Parece que no—repuso el hombre.

—¿Y está pronta la gente pa seguir viaje?

—Sigún dice el capataz, si señor.

—Vamo, antonce.

Ponía el pié en el estribo, cuando Braulio se le acercó ofreciéndose para ir con él y prestar su ayuda en lo que fuere necesario. Don Manduca lo miró un instante en silencio y luego le agradeció de esta manera:

—No amigo; llueve juerte, ¿pa qué se va a mojar? Dejesé estar aquí nomás, que como semos muchos vandearemos el ganao sin ningún contratiempo.

Braulio insistió en su oferta, pero el viejo brasileño sin responderle, espoleó los ijares de su bayo y, bien emponchado, salió al galope en compañía del *chasque*, cuando más recrudecía el chaparrón, formando una neblina tan densa que a pocos pasos de distancia se perdieron de vistalos jinetes.

Mucho lamentó el joven la opisición de su padre pues quería mostrarse siempre dispuesto y trabajador, como lo era realmente, y porque consideraba que en tal ocasión podía ser útil su presencia. Estuvo a punto de ensillar cualquier caballo que se hallara cerca y seguir detrás de los que ya habían salido, pero pensó que pudiera no agradar a su padre esa actitud y por eso se abstuvo de hacerlo.

Obscurecía cuando fué al comedor y se encontró con Gabriela que estaba remendando ropa. Los dos jóvenes entablaron conversación.

—¿No fué al campo?

—Tata no quiso.

Gabriela se sonrió burlándose del mozo, pues le parecía que si no había ido, fué por temor al mal tiempo. No se sorprendió Braulio de esa risa burlona; ¡era tan frecuente en ella!... ¿Sería imposible entablar una amistad verdadera con la muchacha? El mozo hacíale preguntas sobre tantas *rarezas* que veía en la estancia sólo por la simple llegada de una tropa comprada en el Brasil. Realmente no se explicaba el empeño de don Manduca de hacer cruzar la hacienda en un paso inapropiado hallándose cerca el del camino nacional; ni porqué salieron de mañana los dos hombres a investigar el vado y a observar el movimiento de los vecinos y menos aún el contento que vislumbró en los ojos de su padre cuando vió que él no lo acompañaría.

La joven lo escuchó sin interrumpirlo. Cuando hubo terminado le dijo:

—Entonce, usted no sabe nada.

—¿Cómo no sé?

—Que ese ganado es...

—Ah! sí; comprendo; que tata... tata...

—No, que jué Indalecio.

—¿Indalecio?

—Él es que lo trae de allá.

—No sabía—exclamó con fingida naturalidad.

—Esto se hace en buen tiempo y cuando están bajos los arroyos.

—¿Y nunca... pasa nada?

—¡Qué va pasar! Si son más zonzos los macacos! Y soltó una carcajada. Braulio queriendo disimular el desagrado que le causaba la revelación, esforzóse por sonreir; empero, Gabriela comprendió que sus palabras turbaban a su interlocutor.

—¿Y qué hacen con esos ganados?

—Cuando engordan los llevan a la tablada.

—¿Nadie los ha descubierto todavía?

—No; la gente de aquí es de confianza y dispués, pa eso se manda a bombear el movimiento de los vecinos, porque hay uno que parece que malicea algo por la manera de andar en el monte como buscando el rastro, y porque cada vez que viene hasta la estancia, no hace más que revisar toditas las cosas. Si es el mismo diablo en persona.

De esta suerte, Gabriela refirió a su compañero cómo se hacían los malones; cómo los ocultaban; las astutas estratagemas de que había que valerse para burlar la acción policial y cualquier otra pesquisa. Le dijo también que esta vez se habían visto obligados a hacer la *picada* y pasar ocultamente la hacienda, porque sabían que si iban por el paso del camino real, serían capturados sin remedio, ya que desde unos meses al presente, vecinos y policías los vigilaban mucho, no perdiendo pista de sus salidas sospechosas. Y relataba estos pormenores con tal convencimiento de que al obrar así procedían bien, que Braulio se quedó horrorizado al escucharla.

La muchacha se dió cuenta de que ignoraba todo lo que se hacía en la estancia y pensando que había sido muy indiscreta, se sonrojó y dijo con cortedad:

—Yo no debí contarle estas cosas, porque veo que usted no estaba enterado de nada y ahora quien sabe lo que irá a decirme padrino cuando sepa que ando hablando...

—No se alarme—la interrumpió Braulio—le prometo que no repetiré una palabra de lo que he oído.

Gabriela, a pesar de esta promesa, bien se guardó de seguir refiriendo otros detalles; se limitó únicamente a contestar algunas preguntas excusándose de haber sido tan *chismosa*, según su decir.

Entretanto la noche había llegado. La lluvia arreciaba y los relámpagos rompían la densa obscuridad con sus bruscos chispazos eléctricos. A intervalos, rachas huracanadas silbaban en las hendiduras haciendo parpadear la débil luz de la lámpara del comedor, y a su impulso, colábanse por las rendijas de las ventanas finísimos hilos de agua, que se escurrían por la pared hasta llegar al piso de madera donde se estacionaban formando pequeñas lagunitas.

Gabriela se levantó de su asiento y alarmada por la tardanza de los hombres y el temporal que crecía cada vez más, se asomó a la puerta como para ver algo en aquella lobreguez, pero el fuerte viento reinante la hizo entrar inmeditamente.

—¡Qué nochecita, santo Dios!—exclamó secándose el rostro salpicado de gotas.

—Quién sabe tata y los demás, no han perdido el rumbo—articuló Braulio para no estar callado.

—¡Qué han de perderlo! Si son más baquianos que perros cimarrones,—arguyó la joven mientras se disponía a tender el mantel y preparar la mesa para la cena.

Braulio estuvo largo rato cabizbajo, sin levantar la vista y sin preocuparse de lo que Gabriela hacía.

—¿Qué le pasa, don Braulio?

—Nada; estaba pensando en todo lo que me ha contado.

—Por Dios, don Braulio, no vaya a decir a naide nadita de esto.

—Le aseguro Gabriela, que soy prudente y sé guardar un secreto.

Tanto bien proporcionaron estas palabras a la muchacha que se tranquilizó en seguida y Braulio notó en su mirada una infinita expresión de agradecimiento.

Aprovechó esta circunstancia para explicarle lo que significaba el hurto; cómo era castigado este delito por las autoridades y condenado por las personas honradas. Viendo que Gabriela demostraba interesarse por lo que le decía, le pidió que no se hiciera cómplice de su padre y de Indalecio, que aquellas cosas sentaban muy mal en una mujer como ella, que no debía aprobar esos actos

de cuatrerismo y que en adelante debía procurar ser una persona honrada, «como lo son todos los buenos».

Estas últimas palabras repercutieron varias veces en sus oídos, cuando Braulio terminó su disertación moralista, ¿Es que entonces su padrino no era un hombre bueno? Y lo decía él, su propio hijo, que debía ser el primero en defenderlo y no en acusarlo. Esto no estaba bien; un hijo debe callar y ocultar los defectos de sus progenitores, tal era su modo de pensar. Por este motivo prodújose una pequeña discusión, en la que Braulio procuró disuadirla de su error y en la que Gabriela, por su parte, quería rebatir los argumentos de él; pero lejos, muy lejos, estaba de poder conseguirlo dada su falta de instrucción.

De pronto, la puerta giró sobre los goznes ferruginosos y dió entrada a don Manduca y a otro hombre, emponchados ambos, y con los sombreros deformados y desteñidos, metidos hasta las cejas.

Después que se quitaron los abrigos y chambergos, se vió que el desconocido, por el color bronceado de la tez, por sus ojos obscuros como por la negra y reluciente cabellera que caía sobre las orejas y el cuello, debía ser un mestizo. Tenía además la nariz achatada, bigote ralo y no era ni bajo ni alto, pero sí delgado, de extrema delgadez, tanto que el cinto no paraba en la cintura, dejando entrever entre el chaleco

y las bombachas, parte de la camisa que cubría el escuálido vientre. Llevaba americana y botas de becerro acompañadas por pesadas y bulliciosas espuelas de acero, y, atravesado en el cinto, un largo facón con cabo de plata, muy usado, a juzgar por su vaina lustrosa y destrozada. En una de sus manos, faltábale el dedo pulgar y en la otra una cicatriz en forma de media luna, confirmaba que el hombre se había hallado en más de una contienda peligrosa. Se saludaron con Braulio, y don Manduca hizo la presentación:

—Este el mentao Indalecio Benavides, mi capataz; y éste, es mi hijo Braulio del que ya te hablé en otras ocasiones.

Los dos se volvieron a estrechar las manos. Ninguna satisfacción por haberlo conocido experimentó Braulio y algo semejante debió ocurrirle al paisano, porque no se dibujó en su cara el menor indicio de alegría.

Don Manduca narró en frases pintorescas las dificultades con que lucharon para hacer pasar los animales a la orilla opuesta, debido a la fuerte tempestad; y se mostraba contento porque a pesar de algunos contratiempos, la hacienda no se perjudicó mayormente, aunque ellos tuvieron que empaparse de la cabeza a los pies, pues con lluvia tan torrencial los ponchos de lana no sirvieron de impermeables.

Braulio y Gabriela lo escuchaban en silencio,

interesados por saber todos los detalles de ese extraordinario acontecimiento, y Benavides intentó liar un cigarrillo, pero le fué imposible, porque los dedos estaban ateridos de frío. De a hurtadillas, miraba de reojo a Braulio, quien también no lo perdía de vista, y aconteció que varias veces una y otra mirada se encontraron frente a frente, creyendo ver el mozo en la de Indalecio cierto encono y desconfianza.

Cuando el estanciero terminó el relato, fuéronse éste y el capataz a cambiarse de ropa, y entonces Braulio intentó averiguar por Gabriela algunos datos sobre el que acababa de conocer, mas la muchacha limitóse a contestar dos o tres veces con movimientos de cabeza, temiendo sin duda que la oyeran.

VI

Indalecio Benavides, contaba a la sazón cuarenta años, pero fuera por el temple de acero de su cuerpo y por la agilidad que demostraba en los rudos trabajos pastoriles, fuera por su fisonomía indígena, es lo cierto que hubiese sido difícil calcular, más o menos exactamente, su verdadera edad. ¿De dónde era? Difícil saberlo. Siendo joven, llegó una tarde a la estancia de don Manduca pidiendo hospitalidad para pasar la noche, y entre pregunta va y pregunta viene, el dueño de casa logró averiguar que andaba caminando sin rumbo fijo en busca de un pago donde no le conocieran, porque allá, en el suyo, tuvo la desgracia de tener que intervenir en una reyerta de amigos, viéndose en el ineludible trance de descerrajarle dos tiros a uno de ellos, los que fatalmente dieron en blanco ocasionándole la muerte de inmediato. Huyó del lugar para librarse de ir a presidio y como era muy baquiano, logró ponerse a salvo de la policía, queriendo la suerte que diese con un hombre amigo de proteger a los necesitados, como lo era don Manduca. Este, condolido por la desventura de Benavides, le propuso radicarse allí, pues le daría lo que nece itaba para vivir, quedando obligado a ayudar en los grandes trabajos de

campo o de la marcación. Como cumpliera fielmente con sus órdenes, don Manduca llegó a estimarlo de veras y así fué como el hombre quedó primero en calidad de agregado, y más tarde de capataz. A pesar de tantos años de estrecha vinculación, don Manduca no logró conocer jamás a fondo su verdadero carácter. Gastaba pocas palabras en las conversaciones; miraba de reojo, y cuando veíase obligado a reprobar sus mandatos, rehuía de situación tan embarazosa retirándose al galpón o a la ramada. Más de una vez Junqueiro le oyó decir cuando se iba, como reprendiéndose a sí mismo:

—Es el patrón... no se puede.

Que el hombre tenía malas entrañas y que ninguna compasión le inspiraba el dolor ajeno, no cabía duda; lo demostraba claramente en sus apreciaciones, en la indiferencia por la suerte del prójimo y hasta en la lúgubre sonrisa con que recibía la noticia de algún suceso vandálico o macabro ocurrido en las cercanías.

A veces, Gabriela, fastidiada por su modo de ser, le había dicho que era una barbaridad reirse de cosas tan graves y serias, pero él siempre respondió lo mismo:

—¿Y de ahí? Si se degüeya tanta yegua linda sólo pa hacer botas, ¿por qué no han de matar a los cristianos que ya no sirven pa nada en este mundo?

Así juzgaba los crímenes perpetrados con ale-

vosía. Decía también que había que aprovecharse de los tontos, que para eso nacieron, pues sin ellos tampoco habrían *vivos*. Por lo demás, estaba dispuesto a no meterse en otras *farras*, siempre que no lo provocasen se entiende, porque encontrábase muy bien en aquel lugar y no era el caso de que por culpa de un simple incidente, tuviera que evadir del pago y volver a la vida de antes, de vagabundo sin paradero fijo, y lo que es peor, de delincuente obligado por su delito a vivir oculto en lo tupido de las selvas o en las asperezas de las serranías. Don Manduca procedió con acierto en brindarle hospitalidad. Pocos hombres como Indalecio podría encontrar que le sirvieran mejor, que le cuidara la espalda en caso de apuro y que fuese un excelente jefe para dirigir gavillas y llevar a cabo robos de haciendas. Desde la vez que le propuso apoderarse de lo ajeno, aceptó de buen grado, pero con una condición: que las ganancias de estos negocios se repartieran en lotes iguales, correspondiendo, como es lógico, uno a él. Cuando el viejo brasileño, oyó tal cosa frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y se opuso resueltamente a sus exigencias; pero aquél se aferró de tal manera en que así habría de ser el trato, que el otro se vió obligado a ceder; y desde entonces los hurtos que realizaban fueron siempre en sociedad, por más que Junqueiro, en las divisiones de las utilidades, se rebelaba diciendo que sus pretensiones eran desmedidas. Benavides, sin al-

terarse, lo llamaba a sosiego, amenazándolo con denunciarlo ante los vecinos y si fuera necesario, a la propia autoridad. El mestizo, no era tonto ni cosa semejante; bien lo atestiguan los hechos citados y otros que se relatarán en oportunidad. Tal era su dominio sobre don Manduca, que lo que exigiera en paga de sus *invalorables servicios*, tarde o temprano lo conseguía sin gran dificultad.

Un domingo por la tarde, en que se hallaban ambos sentados en el galpón, solos, pues los peones habían ido hasta las pulperías próximas, Indalecio le dijo al amo:

—¿Patrón, ricuerda lo que me prometió vez pasada?

—¿Qué te prometí?,—exclamó el aludido, como si no recordara de qué le hablaban.

—¡Cómo!, ¿ya no si acuerda más?

—¿A qué te referís?

—Usté, el año pasado, me dijo que pa la primavera me iba a dar a Gabriela. ¿No ricuerda?

El viejo asintió con la cabeza, pero su semblante se transfiguró. Aquella expresión alegre que tenía en su rostro, un momento antes cuando estuvieron hablando de las futuras ganancias a realizar, se esfumó como por encanto al oir las palabras de Benavides.

Y como guardara silencio, éste agregó:

—Vea patrón que ya estamo en primavera.

—Hay tiempo amigo, hay tiempo.

—Maliceo que usté no quiere consentir que Gabriela sea pa mí, dijo el indio con un gesto de amenaza, que hizo experimentar al estanciero un escalofrío en todo el cuerpo.

—Yo sé cumplir con mi palabra, ¿qué te pensás?— repuso haciendo alarde de valor que por cierto le faltaba en absoluto.

—No desconfío de su palabra, pero la cosa se está tardando mucho.

—Mirá Indalecio, bien sabés que no gusta de vos; ¿pa qué querés juntarte a la juerza?

—A la mujer, no se pregunta si lo quiere a uno o nó; se la manda y nadita más.

—Sosegate de locuras. ¿No comprendés que Gabriela vale mucho y que no tenés derecho a ella?

—Patrón, me está ofendiendo,—arguyó el mestizo, clavando su mirada con imperio en la de su interlocutor.

—Es que estás mal acostumbrao, canejo, y querés salir siempre con la tuya.

—No es eso, patrón. Usté sabe que yo la quiero a su ahijada y por eso se la pido.

Y tras una pausa, añadió:

—Y dispués que usté prometió dármela. ¿Se ha olvidao?

—Ya te dije que yo no me olvido de nada.

—Antonce, ¿por qué no cumple?

A tal pregunta, don Manduca respondió con pretextos que por cierto no convencieron de modo

alguno al astuto capataz, que poco a poco se iba incomodando con la negativa, aunque procuraba aparentar tranquilidad.

Así siguieron ambos: el uno insistiendo con afán en el pedido que consideraba justificado; el otro, esquivándose de acceder a él, aunque no hallaba motivos para negarse.

Tanto anduvieron que si éste, que si aquél tenía razón, hasta que Benavides terminó por fastidiarse del todo y entonces prorrumpió a gritos:

—¿Me la niega de cualquier modo? Güeno. Voy a contar a tuitos, y a ella mesma tamién, cómo ocurrió la quemazón del «puesto del alto grande» y quién la mandó hacer y cómo murió la finada Rafaela.

—Callate Indalecio!

Pero el indio, de tan irritado que estaba, no atendía a las súplicas del patrón; antes bien, alzaba más la voz, paseándose de un extremo al otro del galpón, como un puma enfurecido. Don Manduca estaba trémulo. Nunca había visto a Benavides encolerizado como esa tarde; él sabía que el hombre así como en ciertas ocasiones era un buen compañero, en caso de desavenencias podía ser un temible enemigo; por eso callaba sin atreverse a contrariarlo más.

—También voy a contar lo de los robos de ganao y otras cosas que no hay pa qué decirlas, porque usté las sabe mejor que yo.

—Echame nomás, si te parece, todas las culpas a mí solo.

Y siguió:

— ¿Quién jué entonce el que me mandó a matar al finao don Dimas, pa quedarse con con su mujer? ¿Y quién jué el que me obligó, porque yo no quería hacerlo, a quemar el puesto pa que muriera adentro la madre de Gabriela? ¿Y quién me hizo dir a rondar en el monte al vecino don Eufrasio pa pegarle una paliza?

—Bueno, callate, te digo, no ves que te van a oir las mujeres. Todo eso ya ha pasao; no hay pa qué mentarlo aura.

El color del rostro de don Manduca, pálido y bilioso por temperamento, adquiría a cada instante tintes más sombríos y enfermizos, quizá al ir recordando con todos los detalles, los hechos que citaba Benavides y que él no pudo rechazarlos por falsos. Indalecio, conociendo que el viejo hacendado estaba algo atemorizado, insistió una vez más:

—¿Me la va a dar, o no me la va a dar?

Junqueiro vaciló un minuto; pero no tuvo más remedio que decir que sí con la cabeza, porque veía el caso muy grave, ya que su contrincante habíase colocado detrás suyo, dispuesto tal vez a acometerlo si respondía negativamente.

—Ya me figuraba que usted iba a cumplir con su palabra. Si usté jué siempre muy cumplidor—murmuró el mestizo dibujándose en sus

labios una sonrisa irónica y cruel. Después se restregó las manos muy ufano por el éxito que acababa de obtener en aquella disputa, y como don Manduca permaneciera en silencio, acercósele lo suficiente para poner la mano sobre el hombro y decirle en voz baja:

— Patrón, ¿no sabe que siempre tenemos que andar muy unidos, pa que entre los dos queden tuitas las cosas que han pasao y naide las llegue a saber? Si no nos tapamos el uno al otro y no nos defendemos en casos apuraos, como güenos compañeros, ¿quién antonce va a mirar por nosotros?

Con tan contundente razonamiento, don Manduca hubo de ceder. Le estrechó la mano y le prometió que Gabriela sería suya y que hablaría con ella a ese respecto, aunque estaba seguro de su descontento, pero como él era el que mandaba, no tendría otro remedio que acatar sus órdenes.

Este diálogo tuvo lugar varias semanas antes de la llegada de Braulio; y unos días después, don Manduca con la voz gangosa y acento autoritario, le comunicó a Gabriela su decisión; esto es, que para fines de la primavera habría de ser la mujer de Indalecio porque la quería y porque él también sentíase satisfecho de que se realizara esa unión, siendo ambos, como eran, verdaderos hijos suyos.

¿Qué razón en contra podría aducir la joven

a su padrino si la había acostumbrado a la obediencia y a reconocer que lo poco que valía lo debía todo a él? Sin embargo, por dos veces quiso protestar, diciendo que no gustaba de aquel hombre, pero como don Manduca insistió en su proposición, calló inmediatamente.

La exigua alegría que había en el alma de Gabriela, desde entonces se esfumó por completo. No más dulces ensoñaciones, propias de un corazón juvenil; no más alegres retozos de chiquilla fuerte y sana. Si ese hombre le fué siempre antipático, ahora sentía tal repudio contra él que ni soportar podía su presencia. De ahí que a Braulio le extrañara su mirada dura y enigmática, y de ahí que cuando le habló del pretendiente imaginado, pusiérase triste y taciturna, pensando quizá que su destino ya estaba decidido.

VII

Llegaba Diciembre, el último mes de la primavera, y con él, las tardes serenas y las noches templadas y rumorosas. Cesaban los vientos que soplaron con furia en los meses anteriores y disminuían las tormentas de larga duración.

Reverdecían las cuchillas cubiertas de pasturas nuevas y de millares de florecillas blancas y amoratadas que las bestias hambrientas arrancaban despiadadamente hasta hartarse para después, en las horas de más sol, tenderse en las laderas al amparo de las cuchillas y dormitar tranquilas, como buenas holgazanes que eran; un susurro suave producían las cañadas, donde la corriente en estrecho cauce, saltaba sobre lechos de piedra, a modo de pequeñas cascadas y huía veloz haciendo zig-zag para librarse de las prominencias que pretendían obstaculizar su paso; crecía el maíz en las huertas, con ínfulas de gran señor, porque sabía que andando el tiempo llegaría a sobrepasar en altura a la multitud de yuyos que nacieron en los rastrojos; y un enjambre de pájaros de distintos tipos y plumajes, acudían todas las mañanas al corpulento ombú, y desde allí entonaban sus mejores melodías, atisbando a los labradores por si desparramaban granos fuera del

surco, para ir volando en tropel a engullirlos con glotonería.

Como amanecía más temprano, el personal madrugaba mucho para tener tiempo suficiente de churrasquear y tomar unos mates antes de ir a sus ocupaciones; otro tanto hacían don Manduca y Braulio que, como era la época en que aumentaban los trabajos de rodeo, tenían que levantarse antes de lo de costumbre. Regresaban los hombres a mediodía, transidos, sudorosos, con más deseos de acostarse que de almorzar; y no bien terminaban de comer, así lo hacían; quién tendíase sobre los pellones, puestos en el suelo, a la sombra del ombú, quién encima de la pila de cueros secos que estaba en el galpón; éste, en tal cual catre de lona medio despanzurrado, aquél, sobre el piso de tierra de alguno de los cuartuchos buscando la penumbra para librarse de la molestia de las moscas, y el patrón y Braulio en sus respectivas camas. Las primeras siestas del año y por lo tanto, las más agradables, porque el calor no era tan intenso que impidiese dormir a gusto como ocurre en el estío.

Gabriela no dormía a esa hora, porque se lo privaban sus muchos quehaceres, teniendo que renunciar de mala gana, por supuesto, a un descanso no sólo apetecible, sino también necesario. Empero, ese mediodía, no resistió a la tentación de arrojarse sobre unos cajones vacíos que habían en el patio, colocados en uno de los ángulos y

que en ese instante el sol no los ancanzaba ya.

¡Cualquiera resistía aquel bochorno! Por un lado, la pesadez atmosférica que desde la mañana fastidiaba incesantemente; por otro, el sol que abrasaba como un ascua, y aparte de estos dos factores importantes coadyuvaba a que fuera más fuerte el calor, el vaho que despedía la tierra y los abejones y mosquitos que no hacían otra cosa que zumbar alrededor de las personas.

Despertóse sobresaltada Gabriela, por los ladridos de la jauría. ¿Llegaría alguien?

Se incorporó; y como de ese sitio nada viera, aproximándose a la esquina del edificio, descubrió a una mujer y un chicuelo, montados en flacos jamelgos, que detuvieron la marcha frente a la ramada a la espera de que apareciese alguno de la casa, pues no se animaban a descender por temor a los perros.

—Ave María Purísima—vociferaba la mujer llena de espanto. Gabriela reconoció a los llegados. Era la vieja Faustina y su ahijado Toribio, un arrapiezo sanote, más inflado que gordo y que podría dársele hasta diez años de edad.

Llegó junto a ellos y después de espantar a los canes para que cesaran en sus hostilidades, les dijo:

—Buenas tardes. Abájesen.

La vieja, correspondiendo a la invitación, sin aguardar a que nadie la ayudara, saltó al suelo y estiró su diestra a la joven, que la saludó con indiferencia.

—Vamos pa dentro.

La vieja se disponía a seguirla, pero de pronto se detuvo volviéndose hacia Toribio.

—Gurí, acomode esos mancarrones po ahí, y ate bien las riendas, no vaya a ser cosa que las pisen y ruempan los bocados.

Doña Faustina era aquella vieja que semanas antes había visto Braulio, cuando recorría el potrero de invernada en compañía de su padre. Si la viese ahora, no le impresionaría como entonces, porque para hacer esta visita se vistió cual una señorona. Traía una pollera azul, descolorida y tan larga que no la dejaba caminar sin dar a cada paso un formidable tropezón; el escuálido busto lo cubría una bata, que en sus buenas épocas debió ser negra, pero que a través de varios años de uso, era de color verde, muy remendada y llena de blondas blancas y de extrañas puntillas. En la cabeza un pañuelo de gran tamaño; y completaba la vestimenta, cierta cinta de terciopelo azul que le rodeaba el cuello y otro pañuelo que tenía en las manos y se empeñaba en lucirlo, pues no hacía otra cosa que desplegarlo, estrujarlo, y volverlo a tender sobre las rodillas para que la joven se apercibiera de aquella preciosidad.

Por lo regular, sólo dos veces por año, venía de visita a la estancia; una en otoño y otra en primavera; y no venía más, porque don Manduca le tenía prohibido frecuentar su casa, que si fuera por su gusto, haría una escapada todas las se-

manas, porque al regresar nunca volvía con las manos vacías. Tanto hablaba de su probreza, que Gabriela, compadecida de su miseria, le regalaba trapos viejos, comestibles y algunas monedas que guardaba en su cajita de ahorros.

No se crea por eso que simpatizaba con doña Faustina. Nació esta amistad por la compasión que le inspiraba su pobreza y también porque deseaba conservar en buena armonía sus relaciones con ella, ya que, según decían por ahí, la vieja era ***bruja*** y no convenía exponerse a ser víctima de sus maleficios.

Esa tarde, Gabriela la recibió contrariada porque se hallaban en casa su padrino, Braulio y Benavides, y temía que no miraran con buenos ojos aquel recibimiento. Por otra parte, no podía despedirla sin mediar ningún motivo poderoso.

—Hacía tiempito que no venía pu acá—murmuró la vieja sonriente y animada por la deferencia de que era objeto por parte de la joven.

—Es verdad doña Faustina; desde el verano que pasó la última manga de langosta. ¿No fué entonces?

—Ta equivocada, patrona; jué cuando estuvo en cama don Indalecio, de risulta de aqueya rodada que llevó apartando novillos. ¿No ricuerda?

—Ah! sí; tiene razón,—balbuceó la moza como si su frágil memoria recordase el hecho.

—¡Pobre don Indalecio! Lejo en lejo, llega por casa a dejarme unos vintenes. ¡Qué Dios se los

pague! No e ansina por cierto don Manduca, que nunca si acuerda de darme ni un rial pa tabaco.

—No diga eso, doña Faustina, que si es verdad que no le da plata, al menos le manda por Toribio alguna paleta o algún espinazo, cuando se carnea vaca.

—Pa no andar con el freno en la mano ¿verdad?— exclamó la vieja mirando hacia la puerta, con desconfianza de que el amo la estuviera oyendo.—Es más miserable que el dijunto gallego don López, que Dios tenga en la gloria. ¿No si acuerda de don López?

Gabriela indicó que nó con la cabeza, y la vieja hizo el paralelo de ambos hombres, en el que salió beneficiado el tal López.

—¿Quiere un mate?

—¿Cómo no?, si hace más tiempo que no verdeo con yerba buena.

—Eh, Ramona, traigamé una pava con agua caliente.

—Digamé, patroncita, y ese mozo sin bigote y medio vestido a lo pueblero, ¿es Braulio, el hijo de la finaíta mujer de don Manduca?

—Sí. Usté lo conoció cuando gurí. ¿No es cierto?

—Mesmo; si puedo decir que casi lo crié en mi pecho, porque usté habrá oído decir, que la finaíta jué siempre muy enferma.

Y aquí empezó la historia de cómo y porqué don Manduca se había casado con la madre de Braulio; el nacimiento de éste y otros pormenores,

entrelazándolos con los episodios más importantes de su propia vida, como si fueran a interesar a la muchacha que callada, le alcanzaba el mate de tarde en tarde, para que no se le secara la garganta con tan largo discurso.

Viendo que el tema no interesaba a Gabriela, cambió de conversación:

—Patrona, yo vine... sabe... porque tengo que... hablarle.

—¿Hablarme?

—Sí; de cosas que mucho le importan.

Gabriela se sonrojó. Después de cierta vacilación, la hizo pasar al cuarto de huéspedes para conversar a solas.

Se ubicaron en dos banquetas de asiento de cuero; doña Faustina en un ángulo de la piezucha para esquivar que la luz fortísima que a esa hora todo lo envolvía, iluminara su rostro.

La joven la miró de soslayo, interesada por saber qué la traería; y la vieja, tosió, pasóse la mano por los ojos legañosos y arregló los pliegues del vestido; todos gestos de intranquilidad y desasosiego.

—Yo venía... sabe... porque don Indalecio me pidió que viniera a prosiar con usté, patrona.

Doña Faustina continuó diciendo que el capataz fué a su choza a manifestarle que estaba muy apenado por la manera con que Gabriela oía sus palabras; que también había notado que a medida que pasaban los días aquel afecto y simpatía

que ella en otrora demostró profesarle, se trocaba en indiferencia y hasta, tal vez, en aborrecimiento. Que por eso había pedido que viniese a decirle que cada día la quería más y que deseaba *casarse* cuanto antes, ya que de seguir así la vida se le hacía intolerable.

—Usté no sabe tuito lo que vale. Si sabré yo que lo conozco desde que era mocito nuevo, ansina má o meno como Juancito.

—Mire doña Faustina, no me hable más de ese hombre.

—¿Le fastidia mi prosa?

—No es eso. Es que cada vez que viene acá, usté sale con lo de siempre.

—Está lo mesmo que potranca cosquillosa; puro escarceo nomás.

—Bueno; le digo que se calle. ¿Ha oído?

El gesto enérgico de Gabriela, le obligó a sellar los labios. Doña Faustina comprendiendo que había procedido con ligereza y que de esta forma, su misión no obtendría el éxito que esperaba, optó por apaciguarse y cambiar de tema, en tanto a Gabriela no se le pasara el enfado.

Tratáronse otros asuntos, pero más tarde la conversación volvió a recaer sobre el mismo punto.

—Es una lástima, patrona, que despresee ansina a un mozo tan güeno como lo es don Indalecio.

—Si juese tan güeno como usté dice, no me andaría cargoseando, ya que sabe que no gusto de él.

—Pero, ¿qué quiere, Gabriela, si el hombre está muy enamorao? Además, no ¿dicen que el patrón se la dió pa él? ¿Y no dicen tamién, que cuando se casen le va a dar a usté una puntita de vacas y doscientas ovejas, que ya es un capitalito lindo?

—Así chismosean algunas lenguas.

—Patrona, no vaya a creer que son cosas mías. A mí me lo contó Segovia, vez pasada; y usté sabe que de los piones, es el crédito del patrón.

—Sí, sí, todos son güenos, cuando les conviene,— repuso la muchacha poniéndose de pié y dirigiéndose a la cocina donde fué en busca de dos pocillos con café.

Tornó con los utensilios, y mientras atendía a Juancito que vino con un encargo de don Manduca, la vieja, rápidamente extrajo de su bolsillo un paquete conteniendo cierto polvo amarillento y lo arrojó dentro de la taza de Gabriela, sin que ésta lo notara

Sentóse, y siguieron de nuevo la interrumpida charla.

—Está muy lindo el café, patrona. Haber sido del que trae del Brasil el contrabandista don Ledesma.

—Sí, es de ese mismo,—afirmó la muchacha.

Y ambas a un tiempo, sorbieron el resto del contenido que aún quedaba en las tazas.

—Patrona... ¿qué debo contestarle a don Indalecio?

—Que es mejor que se sosiegue.

—Pero Gabriela, compadézcase de ese hombre que tanto la quiere Yo estoy segura que ústé con el tiempo, lo va a llegar a querer..

—Sí, cuando él sepa quererme de verdad.

—Y ¿no lo sabe entoavía?

—Usté que adivina todo, debe adivinar eso tamién. ¿No dice la gente que usté sabe lo que piensan los demás?

—Mire, patrona, no se ría es esta pobre vieja, que la apresea mucho y que siempre ha mirao por el bien suyo, nada más que por el bien suyo.

Y a continuación añadió, guiñando un ojo con picardía:

—Antonce... hay algo de cierto, ¿no?

—¿Qué quiere decir?,—preguntó Gabriela con curiosidad.

– Lo que dicen en los fogones. Que usté a quien quiere es al hijo del patrón.

—Yo a naide he dao mi cariño, con que ansina usté, él y tuitos los que andan hablando; están diciendo zonceras al ñudo nomás.

—No tan al ñudo—repuso la vieja con risa sardónica—si yo sé que siempre andan los dos muy solos y muy juntitos

Gabriela concluyó por impacientarse, y levantándose de su asiento, ordenó:

—¿Se va callar la boca, vieja embustera?

A esta imprecación, siguió una disputa acalorada que fué interrumpida por un prolongado silbido

que ninguna de las dos supo de donde provino.

Sobresaltada, Gabriela dirigió la vista hacia la ventana y vió la cara de Benavides que fijaba en los suyos, sus ojos negros centellantes y misteriosos. Con este motivo, sintió en todos sus miembros un terrible escalofrío.

Sin pronunciar una palabra, el rostro de Indalecio desapareció y en la estancia reinó un profundo silencio, silencio que poco después la vieja interrumpió, diciendo:

—Güeno, patroncita, ya la visité.

Y mirando al sol que comenzaba a declinar, agregó:

—Voy a ver si saludo al patrón que todavía no lo he visto.

—Debe estar bajo la ramada.

Con paso inseguro, se dirigió hacia allí.

—¿Cómo le va, patrón?,—dijo la vieja al acercarse a don Manduca.

—Bien. ¿Qué andás haciendo?

—Vine a visitar a doña Gabriela.

—Está bueno; y ¿ya estás por dirte?

—L'iba a pedir permiso pa quedarme, porque es muy tarde y mi rancho está lejito.

—Es mejor que te vayás, porque cuando vos venís, no venís pa cosa buena.

—¿Qué le han dicho, patrón... pa que me diga eso? Dejuro haber sido chime del indio Mingote, que es como vieja de pueblo pa andar charlando lo que no debe.

—Eso no te importa, —repuso don Manduca, enojado.

—Güeno, me voy a dir, pero recelo de que voy a perderme con la oscuridá.

—Qué te vas a perder, si sos más baquiana que las lechuzas pa andar de noche.

Doña Faustina, sin contestar, lo miró con rabia y extrajo de entre un pañuelo arrugado y sucio, un pitillo que encendió, empezando a echar humadas.

—Adiosito, patrona, y no quede resentida por lo que le dije.

La muchacha hizo un movimiento instintivo de hombros, y en un momento de distracción, la zorra vieja, se apoderó de un pañuelo que se le había caído a aquélla sin notarlo.

—Adiosito... adiosito, —repetía doña Faustina estirando la mano a los presentes.

Gabriela volvió hacia la casa. Cual una autómata, pasó sin fijarse en Braulio que desde una ventana había observado toda la escena. Al llegar a su cuarto se tumbó sobre la cama y por un buen rato lloró, lloró mucho, sin que se explicase el porqué de su llanto.

VIII

Este nuevo acontecimiento y el de la llegada del ganado traído del Brasil, obligó una vez más a Braulio a pasar largas horas en completa meditación, desde que los hechos confirmaban lo dicho por el amigo Giménez. Ante la evidencia había que doblegarse.

Una tarde se acercó a Gabriela y sin mayores preámbulos, la interrogó:

—¿Es cierto que la vieja que vino el martes, es *bruja*?

La muchacha, completamente azorada por la pregunta que la cogía de improviso, contestó:

—Yo no sé.

Pero Braulio no se satisfizo con la respuesta y volvió a insistir hasta que la joven se vió obligada a decirle:

—¿Se va hacer sacar algún daño?

—Usted no hace más que reirse de mí.

—Es que como lo veo tan interesado en saber si doña Faustina es curandera de daños...

—No me interesa; preguntaba nada más...

—Dicen que es, porque además de curar a los enfermos con venceduras, aplica el agua fría y también receta yuyos sigún los males.

—¡Qué va a curar! Son engañifas de ella.

—¿No tiene miedo de que doña Faustina le

mande algún daño, si llega a saber que usté se ríe de sus venceduras?

Braulio iba a soltar la carcajada, mas se contuvo a tiempo para no herir el amor propio de la joven y se limitó a contestar que él poco creía en tales cosas; y Gabriela, convencida de que su compañero daba a entender que respetaba esas creencias, le contó que llevaba hechas muchas curaciones en el pago.

Braulio la escuchaba atónito, maravillado de su ingenuidad y de la forma en que estaba arraigada la superstición entre aquella gente. ¡Cuánto atraso, cuánta ignorancia! Qué lucha había que emprender para concluir con el espíritu retrógrado de don Manduca y de sus secuaces, y exterminar estas estúpidas creencias.

Guardaron silencio durante un momento, y luego cuando Braulio levantó la vista notó que la muchacha estaba riendo.

—¿De qué se ríe?

—De usté, que siempre anda apurao por hablar conmigo y ahora no dice nadita.

—Es que... tiene razón, Gabriela. Hablemos, hablemos mucho, pero hablemos de nosotros. Verdaderamente nunca la ví tan linda como hoy.

—No diga piropos.

—Es la primera vez en mi vida que los digo, si a las verdades usted llama piropos.

—No es verdá llamarme linda, cuando sé que no lo soy; y menos usté que ha caminado tanto

po ahí y que habrá visto mozas mucho más bonitas y más simpáticas que yo.

Decía bien Gabriela; ella no era hermosa, ni atrayente siquiera, no obstante, Braulio sentíase atraído a la joven, no sabía por qué; si por su rostro lleno de juventud, o por la bondad inmensa que repartía con todos y que demostraba hasta en los más insignificantes detalles.

—Gabriela, dígame, ¿no le gustaría conocer otros pagos, otra gente, otras costumbres?

—¿Cómo quiere que le conteste, sino he salido más lejos que a la pulpería que se halla a tres leguas de aquí? Pero creo que me gustaría, porque en algunas ocasiones, cuando he ido con Ramona al monte y he visto a las garzas, salir volando asustadas con el barrullo que nosotras hacíamos y subir arriba, muy arriba, y dispués enderezar quién sabe pa onde, me ha entrao envidia de ellas y hubiera querido tener alas y dirme lejos a ver tierras nuevas, así como se van las golondrinas antes de que llegue el invierno.

Nunca se mostró tan expansiva y elocuente como ese día, y por eso Braulio la escuchaba embelesado y le narraba a su vez lo que había visto en sus viajes por lugares que ella no conocía ni de nombre.

Mientras platicaban, el sol traspuso el confín lejano. ¡Qué bella parecía Gabriela a la luz azulada del crepúsculo! ¡cómo fulguraban sus ojuelos negros en la penumbra, semejantes a las estrellas

que a esa hora comenzaban a parpadear en el nmenso espacio! Braulio, no conforme con mirarla de cerca, se le aproximó lo bastante como para que su hombro rozara en el de ella.

—Gabriela, ¿usted piensa pasar toda su vida aquí?

—No puedo decidir de mi destino; eso es cuenta de otros. ¿Qué sería de esta gente si yo me juera?

Y Braulio vió que el semblante de la muchacha empalidecía, denotando una profunda tristeza. De pronto, oyó recias pisadas detrás suyo.

Al volverse, reconoció que el que se acercaba era Benavides.

Por cierto que los jóvenes se sorprendieron y no atinaron más que a cruzar una mirada que lo expresó todo.

—Dice el patrón que se deje de prosas, y que vaya hacer lo que es obligación suya,—dijo el capataz, dirigiéndose a Gabriela.

—Si está todo acomodado pa la cena,—balbuceó ésta con cierta nerviosidad.

—Güeno; es lo mesmo; váyase pa dentro. No es hora ya de andar ajuera.—Y como la moza no se decidía a obedecerlo, agregó:

—¿Ha oído lo que he dicho?

Gabriela, sin contestar, púsose en camino del comedor y ambos hombres quedáronse frente a frente, hasta que aquélla se internó en la casa. Después, Indalecio, escupió por entre el colmillo, con rabia, y marchóse en dirección a la cocina.

Braulio dudó un instante si pedirle explicaciones por su mal proceder o si dejarlo ir, ya que ese bruto no entendería de delicadezas; pero hallábase tan indignado que optó por lo primero.

Antes de que el capataz llegara a la cocina, lo alcanzó.

—Escúcheme amigo, tengo que hablarle.

Y le hizo una seña para que lo siguiera.

Cuando salieron del patio, el joven se detuvo y Benavides, que venía unos pasos más atrás, hizo lo mismo.

—¿Quién es usted para mandar a Gabriela que se vaya, cuando está hablando conmigo?

Indalecio tardó en responder y Braulio a pesar de la obscuridad notó que el criollo dada un paso atrás y que corría su mano derecha por la cintura como buscando las armas.

—Mire don Braulio, es mejor que dejemos estas cosas.

—No señor, quiero que me diga en seguida qué derecho tiene usted sobre Gabriela.

—El de que pronto va a ser mi mujer.

Esta inesperada contestación dejó a Braulio perplejo, cariacontecido y sin asuntos para continuar la disputa.

Benavides suspiró con fuerza, y dió media vuelta como para dirigirse de nuevo al patio, pero antes de entrar murmuró con desprecio:

—No es de guapos ensuciarse las manos con comida tan floja.

Esta nueva revelación era, de todas, la más importante y la que más sorpresa e inquietud causó en el ánimo de Braulio.

Por lo que se podía deducir de las palabras del capataz, no había duda de que Gabriela iba a ser de él. Pero ¿por su voluntad? Pensó que si llevaba a cabo tal propósito, sería con la autorización de don Manduca, porque Gabriela, de ninguna manera, podía haber dado su consentimiento. Sobre este tópico, no le quedaban dudas. Creía conocerla, creía adivinar sus pensamientos; y como fruto de todas sus observaciones, dedujo que la muchacha no había amado, ni amaba actualmente a ningún hombre. Por lo tanto, si la destinaban para mujer de Indalecio, no sería por su propia voluntad.

Su padre y *ese hombre,* probablemente la obligaban a someterse a su capricho; pero ¿con qué derecho?

Al hacerse tal pregunta, no encontraba otra respuesta que la siguiente: Con el derecho de los que son fuertes y de los que se valen de todos los medios al alcance, lícitos o ilícitos, para mantenerse en la cumbre sin rodar al abismo. Indudablemente, era la respuesta que mejor convenía; pero Braulio, con tales reflexiones se indignaba tanto, que por momentos deseaba interrogar a su padre para saberlo todo y si sus labios afirmaban rotundamente la terrible verdad, entonces le echaría en cara sus vilezas. Aquí se imponía otra pregunta: ¿Con qué derecho?

Con uno solo: el del hombre que defiende a una mujer sin amparo; y esto era poco, estando su padre de por medio. Entonces ¿por qué tanto afán en defenderla y por qué tantas preocupaciones, si ella no era más que una buena amiga? No obstante, cuando Benavides le dijo que iba a ser suya, sintió por vez primera que los celos rugían en su pecho.

Hubo de convencerse, a pesar de todo, que estaba enamorado de Gabriela y que esa pequeña estimación que por ella sintió desde su llegada a la estancia, era el amor que nacía en su corazón, sin que él lo hubiera notado.

Mucho le costó cerciorarse de que realmente la amaba; pero después de la discusión con Benavides, no había lugar a dudas. La amaba sí, y la amaría siempre, aun cuando se presentaran grandes inconvenientes. Y más la deseaba, porque tras el amor, se escondía el capricho, la suprema energía del hombre enamorado, que no sólo lucha por amor a su dama, sino por despecho o aborrecimiento a su rival.

Había que añadir también la ofensa inferida por Benavides con tanto cinismo, cuando disputaron a solas fuera de la casa, y así se explicará el lector lo que pasaba en su espíritu. Y él había callado; había escuchado el insulto sin contestarle, como un hombre *maula* que no se atreve hacer frente al agresor. Pero nó; él calló porque la frase aquella de que «pronto va a ser mi mujer» le dejó

tan impresionado, que no tuvo tiempo de pedirle explicaciones o contestarle como merecía. Pero ya llegaría la ocasión oportuna de vengar agravios y demostrarle que no era miedoso ni cobarde como debió suponerlo. Para entablar la lucha, se proponía, ahora más que nunca, conquistar el corazón de Gabriela y revelarle su cariño.

Desde el incidente, miraba a Benavides con rencor; le hablaba lo extrictamente necesario y procuraba rehuir de su presencia.

Como estas muestras de desagrado eran tan visibles, Gabriela le preguntó por qué se hallaba resentido con Benavides. El alegó pretextos, diferencias surgidas en el trabajo y no se habló más del asunto. No convenía manifestarle la verdadera razón, hasta tanto no le revelara su amor.

Dos días después de la disputa, al venir la aurora, salió don Manduca acompañado de Braulio y su personal a « parar rodeo ».

Era un aclarar de diciembre, diáfano y caluroso. De las hondonadas levantábanse las brumas del amanecer entre el clamoreo incesante de ortópteros y bactracios, y de todas partes surgían vestigios de despertar: plañidos melancólicos, alegres relinchos y cantos de aves parleras.

Distribuídos convenientemente los peones por don Manduca dirigiéronse en distintas direcciones: éstos fueron hacia el monte; aquéllos siguieron por el medio del bañado; los otros subieron por las lomas, y todos con la consigna de arrear la

hacienda al paradero, sin dejar por olvido o negligencia bestias dispersas o resabiadas. Más tarde, cuando el sol, haciendo guiñadas por entre las nubes, escalaba el espacio sin prisa alguna, venían por aquí y por allá, grupos de ganado, que a los gritos de los hombres, corrían despavoridos hacia el *rodeo,* único lugar del campo, donde los reunían para contarlos, apartarlos o hacer otros trabajos.

—¡Jop, jop, jop!—exclamaban los peones azuzando a la vacada con los ponchos y los arreadores, sobre todo a las reses rebeldes que hacían empeño en huir al monte o a otro lugar propicio para ocultarse, burlando de esta suerte las amenazas de los peones.

Ya en el *rodeo,* los *apartadores* buscaban en el grupo apiñado de reses, el novillo elegido; lo repuntaban hasta la orilla, y de allí, lo arreaban a todo correr en medio de gritos y rigorosos latigazos, hasta el señuelo. La bestia atolondrada por tan loca carrera, se reunía a los bueyes con grandes aspavientos y deseos de volver al lugar de donde había salido, pero los peones se le acercaban, amenazándola con pecharla o castigarla, y entonces resignada, doblegando la cerviz ante la fuerza y la astucia del hombre, quedábase quieta mirando con tristeza a sus compañeros del otro grupo, porque sabía que ya no volvería a reunirse a ellos.

De esta manera, marchaba el trabajo, cuando de improviso ocurrió un percance.

Braulio que apartaba en compañía de uno de los peones, llamado Mingote, sacó un novillo del *rodeo* y los dos jinetes espoleando a sus caballos salieron detrás del hermoso animal que, como era arisco y cerril, en vez de ir al señuelo, huyó al campo desierto. En esto, Benavides con su pareja, salieron también del *rodeo* arreando otro novillo. Se encontraron los dos grupos. Benavides, no pudiendo detener el ímpetu desmedido de su zaino rabicano, se estrelló contra el novillo que arreaban Braulio y Mingote. Con este formidable choque, tanto el vacuno como el jinete y su caballo, rodaron por el suelo, los tres unidos, formando una masa informe.

Al ver la catástrofe, Braulio y su compañero solícitos se acercaron con intenciones de ayudar al capataz a ponerse en pié, pues se encontraba impedido de hacerlo, porque con la caída se fracturó una pierna; pero no quiso aceptar el ofrecimiento del joven.

—No falta nunca un maturrango trompeta que venga a estorbar el trabajo de los camperos,— dijo; y sin aguardar respuesta, continuó acusando a Braulio de ser el causante de la caída.

El hijo de Junqueiro, que en realidad no fué el culpable, toleró en silencio los disparates del otro; mas, como cada vez sus insultos eran mayores, tuvo que decirle:

—Mire Indalecio, no le permito que me diga esas cosas. Usted me está ofendiendo.

—Le digo esto y mucho más. ¿Qué se piensa ese guacho?

Braulio que desde aquella famosa tarde en que ocurrió el incidente, sentía arder en sí, un deseo horrible de venganza por haber sido objeto de tantos vejámenes, le fué imposible contenerse más.

—Cállese la boca, o sinó no le va a valer el estar herido para que yo castigue sus insultos.

Su adversario no lo dejó terminar. Sacó el revólver y le apuntó; pero Braulio, frenético, sin reflexionar en lo que hacía, levantó el rebenque y lo dejó caer reciamente sobre la mano del capataz que, con el golpe, tuvo por fuerza que soltar el arma.

Volvió después a descargar otro latigazo en la cabeza de su ofensor, que por poco lo derriba; y y en tanto ésto sucecía, don Manduca y los demás peones intervinieron e hicieron cesar la pelea.

Braulio montó en su caballo y se dirigió hacia la casa. Los que estaban alrededor del capataz, vendáronle la pierna y se empeñaron en calmar su furia. Benavides, al ver que su contrario se alejaba, gritó en alta voz, como para que le oyese:

—Andate nomás, que ya las vas a pagar todas juntas.

Braulio se detuvo; pero comprendiendo que no merecía contestación, lo miró con desprecio y siguió la marcha llevando los ojos rojizos y el pecho acongojado, reprochándose el haber procedido con tanta violencia aún cuando tuviese sobrada razón para ello.

IX

Una tarde que Juancito se encontró en el patio con Gabriela por mera casualidad, le dijo:

—Patrona, ayer estuve por la costa del monte y vide que los pitangueros están cargadísimos. Hay pitangas que ya se están cayendo de puro maduras! ¿No va a dir?

—No sé, padrino quien sabe si me da permiso.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque si usté juera, l'iba a pedir al patrón pa acompañarla como todos los años. Ansí yo tamién me rebuscaba, pudiendo comer a mi gusto, —agregó el mozalbete, llevándose los dedos a la boca.

—No sos sonzo para algunas cosas, —repuso Gabriela, riéndose de su torpeza. —Mirá; si mañana amanece lindo el día y padrino quiere, vamos a dir a las pitangas.

Después de este breve diálogo se separaron.

Desde lo ocurrido en el *rodeo,* Gabriela, por orden de don Manduca, tuvo que cuidar con prolijidad al herido, el que aprovechando de hallarse a solas con ella, le habló más de una vez de su cariño y de la próxima unión; pero ya no con gesto adusto y autoritario, sino sonriendo y con frases tiernas, sin duda porque temía que

sus proyectos corrían riesgo de fracasar y ver perdido lo que consideraba suyo: la paga que el amo le hacía por sus innumerables y arriesgados servicios.

En vista de que la mañana amaneció rebosante de luz, Gabriela pidió autorización para hacer su paseo favorito, como todos los años. Don Manduca se lo concedió, pero de mal talante, pues prefería que no saliese, ya que era ella quien cuidaba a Benavides.

Gabriela aturdida de alegría, pensando en lo que iba a disfrutar del monte y de la calma y tibieza de aquel magnífico día, terminaba los aprestos atropellándolo todo y haciendo activar a Ramona, para que concluyese pronto su tarea, pues la llevaría consigo de compañía.

Juancito anunció que el caballo de enganchar en el carro ya estaba aderezado.

Este anuncio hizo apurar los últimos preparativos. El muchacho trajo el carro al patio, en el que acomodó los cachivaches y menesteres necesarios para preparar el almuerzo: un asador, un costillar de oveja, un cesto conteniendo mate, yerba, pava, varios panes, un pedazo de queso y unos jarros, fabricados con latas de dulce, para juntar la fruta.

Estaban por salir, cuando Braulio, que tornaba de recorrer el campo, se encontró con los excursionistas. La muchacha le propuso que fuera con ellos y él aceptó en buena hora la invitación.

Revezó de caballo y al instante estuvo pronto. Por mandato de Gabriela, la expedición púsose en marcha. Ella y la peona en el carro, un vehículo pequeño mal construído, con una vara larga en cuyo extremo prendían la cincha del caballo que montaba Juancito.

Es de figurarse con lainco modidad que se viajaba en este destartalado vehículo que, por falta de muelles, saltaba horriblemente aunque Juancito esquivase en lo posible los *tucutucu, cupíes* y matorrales, para que los barquinazos no fueran tan recios. A la muchacha estas sacudidas no la acobardaban; al contrario, le parecía agradable aquéllo y sentíase tan contenta que no era la misma de un rato antes, cuando aún no había obtenido el consentimiento de su padrino. En los parajes en que, las obstrucciones del trayecto no preocupaban a los viajantes, cambiaba algunas palabras con Braulio que iba en su caballo a corta distancia del carro.

Cuando llegaron, Gabriela descendió del vehículo y púsose a saltar y jugar con los perros, que desde que olieron carne y supieron lo del paseo no dejaron de seguir a Juancito, pues para ellos también aquél sería un día de completa diversión.

El mozalbete desensilló al viejo rocín, y colocándole un *bozalejo* con una soga de cuero, lo ató al pie de un tronco para que pastara; Ramona, por su parte, juntó *charamuscas* y algunos palos secos con que hacer fuego; y Gabriela y Braulio,

buscaron los árboles, de fruta más abundante y sazonada. Juancito que sabía cuales eran los más repletos, se les acercó.

—Por este lao, patrona hay fruta más dulce y madura.

Y sin esperar contestación, salió adelante por entre breñas y ramas sirviendo de cicerone a los jóvenes que lo seguían con ansiedad.

Después de un corto recorrido se detuvo, y con el dedo pulgar señaló un corpulento pitanguero, repleto de frutas, las cuales en su mayoría habían adquirido un color morado de tan maduras que estaban.

— Ché, gurí, subí que en lo alto están las más lindas— mandó Gabriela.

El peón se disponía a cumplir el mandato, pero como viese que no era muy fácil llegar arriba por lo espeso del follaje y por los gajos muy débiles, le dijo al ama, con intenciones de no acatar la orden.

—Es feo de subir. Puedo caerme.

—Dejate de zonceras. Andá nomás. Pa eso te traje, pa que obedezcas. El increpado, con pereza, trepó al frondoso árbol y comenzó la tarea que le ordenaron, echando las frutitas dentro de un jarro que había llevado de exprofeso.

Ocupados en recoger pitangas estuvieron los tres hasta que apareció entre las hojas, el rostro de la mestiza que venía a avisar que había preparado el almuerzo. Se dirigieron al campamento,

y una vez en él, Braulio y Gabriela tendiéronse sobre el suelo tapizado por abundante hierba. Juancito, en cuclillas, quedó junto al fogón, y la peona, como era la encargada de repartir las raciones, tuvo necesariamente que permanecer de pié.

Braulio, se solazaba mirando a Gabriela. La encontraba encantadora con su vestido de percal, de colores vivos, su gran pañolón blanco cubriéndole la caballera y sobre todo con sus labios y parte de las mejillas teñidos de violeta por el jugo de las pitangas. Comieron con desgano el suculento asado que preparó Ramona porque los estómagos se hallaban repletos de fruta y porque el calor del mediodía quitaba el apetito.

—¿No va a sestear, Braulio?

—Tal vez... más tarde. ¿Y usted?

—Yo no. Cuando vengo a pasar el día en el monte me gusta aprovecharlo bien. ¡El día es tan corto!

—¿Y en qué se entretiene a esta hora sofocante?

—En buscar niditos; en arrancar flores; en recorrer el monte. ¡Si viera... soy más curiosa y traviesa!

—Pues si quiere, voy a ir con usted para ayudarla.

—¡Usté!, —exclamó la muchacha con asombro. Púsose a reir, burlándose del ofrecimiento de Braulio.

Esta burla tal vez contribuyó a que el joven se

empeñara con más afán en acompañarla; por eso, al momento, se les vió juntos, en animada plát'ca, por un abra que conducía a cierto paraje del bosque que Gabriela conocía de anteriores excursiones.

A medida que se internaban selva adentro, la arborescencia era más espesa y los follajes que pendían de las ramas superiores, rozaban en sus rostros comunicándoles sn frescura y haciéndoles aspirar a viva fuerza ya el agridulce zumo que despedían algunas plantas, ya sutiles aromas de flores selváticas.

Llegaron al lugar que Gabriela apetecía.

Era éste un descampado extenso, rodeado por un círculo de arboleda, bastante simétrica formando un muro de tejida urdimbre que impedía toda comunicación con el exterior. Aquel cerco verde de distintos matices, se orlaba por aquí y por allá con flores de trepadoras de una variedad extraordinaria; y en el suelo, desparramados por entre el pasto, *macachines,* campánulas y margaritas cubrían totalmente el pavimento semi-arenoso de aquel sitio. ¡Todo un bosquecillo de flores silvestres! Gabriela al verlas, dió un grito de júbilo y empezó a juntarlas para hacer ramilletes. Recogía las que juzgaba más hermosas; pero al levantar la vista y notar acullá, un centenar de otras que parecían mejores, arrojaba las que había juntado y arrancaba estas últimas. Concluída la tarea, pasó a la de escudriñar en los árboles los nidos ocultos.

Tal operación ofrecía mayores dificultades. Había que trepar para cogerlos, y como ella no siempre podía hacerlo, solicitaba la ayuda de su compañero. Varias veces Braulio tuvo que escalar a la cima de algún *guayabo* o *viraró,* y como no tenía mucha experiencia en esto, se desgarró la ropa y rasguñó la piel de las manos, por cuyas heridas salían finísimos hilos de sangre.

De tanto trajinar, el mozo terminó por arrojarse en tierra, transido y sudoroso.

Gabriela volvió a burlarse de su flaqueza.

—¿No le decía yo que usté se cansa de nada?

—¡Hace un calor terrible!

— No es eso; es que se acobarda de muy poca cosa.

—¿Me cree usted muy cobarde?

La muchacha hizo con la cabeza un signo de indiferencia. Braulio agregó:

—No es de ahora, es de mucho tiempo que presumo que usted me juzga así y puede ser que no se equivoque.

—No Braulio, cómo lo voy a creer maula si he sabido que los otros días cuando el capataz se quebró la pierna usté mostró que era guapo.

—Eso es un hecho sin importancia. Yo le pido que no me lo recuerde más. Cada vez que pienso en ese hombre, siento que la sangre arde en mi cabeza.

Gabriela, lamentándose de haberlo disgustado, pero sin pedirle excusas, lo miró con dulzura.

Después de un silencio, la muchacha fué quien reanudó la conversación:

—Ya descansó bastante. Vamos ahora a sacar una lechiguana gorda que vide en la rama de un tala.

Braulio púsose de pié y siguió a su interlocutora que iba a prisa hacia el tala que se hallaba en el centro del descampado.

Cuando estuvieron a su lado, Gabriela le pidió que subiera, pero Braulio harto ya de ascenciones peligrosas se negó a acceder a su pedido, lo que por cierto contrarió a la muchacha que se relamía los labios sólo de pensar en los riquísimos panales que habrían dentro de la colmena. Volvió a insistir en su petición, mas el joven volvió a negar su concurso.

—No, no. Yo ahí no subo.

Entonces Gabriela, que de vez en cuando sentía en sí instintos maléficos, en un instante que su compañero no la miraba, arrojó un pedazo de palo seco a la *lechiguana*. El palo abrió un boquete en la morada de los industriosos insectos, quienes furibundos por esta provocación, salieron en tropel buscando al autor de tan alevoso atentado.

Gabriela se había alejado a regular distancia para que las avispas no la alcanzaran y poder presenciar sin peligro el ataque. Estas, primeramente, dieron varias vueltas alrededor de la colmena; pero en cuanto vieron a Braulio, echáronse

sobre él y lo rodearon de tal modo, que por más que huyó dando manotones, lo picaron en el cuello, en la frente y en las orejas.

Entretanto, la traviesa reía a carcajadas del percance acontecido a su compañero. Merced a su huida, Braulio al fin pudo librarse de los temibles enemigos, que conseguido el móvil que pretendían, tornaron a su casona, donde aún continúaba el enjambre en completa confusión.

—¡Qué mala es usted, Gabriela!

La aludida no cesaba de reir.

—No se ría de mí. Basta de locuras. Vamos a sentarnos sobre estos troncos.

Así lo hicieron, uno frente al otro, y a la sombra que prestaba un frondoso *blanquillo*.

Comentó Gabriela varias veces la chanza y no menos Braulio que a pesar de haber sido la víctima, celebró la ocurrencia, ya que proporcionaba un momento de jovialidad a la muchacha. Después se trataron otros temas; se habló de la bonanza del tiempo, del calor que perduraba aún siendo ya la media tarde, de los atractivos del paseo y de otros asuntos insignificantes. Durante una pausa que hubo, quién sabe qué pensamientos vinieron a la mente de Braulio, que se dibujó en su semblante una expresión de infinita melancolía.

—Debo participarle Gabriela, que dentro de pocos días voy a volver a Soriano.

La joven azorada, preguntó:

—¿Se va?

—Es verdad; me voy del todo.

—¿No se halla en este pago?

—No es el lugar el que me obliga a irme, sino otras causas...; usted debe saberlo.

Me marcho Gabriela, por las cosas que he tenido que presenciar casi desde mi llegada a la estancia. Por el modo con que procede mi padre y por la chusma y bandidaje que lo rodea. Debí haberlo hecho antes, y así hubiese evitado el incidente con Benavides. Ese hombre y algunos de los peones, me aborrecen; tata, cada vez me trata con más frialdad y procura hablar lo menos posible conmigo; con estas demostraciones, cualquiera comprende que uno está aquí demás. La única persona que me ha dispensado confianza y amistad, ha sido usted Gabriela; y si no hubiese mediado esta amistad, puedo asegurarle que mi resolución ya la habría puesto en práctica antes de ahora. Yo no puedo acostumbrarme a vivir entre esta gente y a hacerme cómplice de sus robos escandalosos. Usted que me conoce, debe comprenderme. No sabe como siento que tata haga esta vida, pero mucho más todavía, que usted esté condenada por el destino a pasar su existencia en este ambiente, a darle su persona a ese hombre con quien se va a unir de la manera más vergonzosa.

La muchacha, se fué inmutando poco a poco. Pasó la alegría; pasó el humor de gastar bromas;

ahora estaba pálida y taciturna. Acaso esta revelación le impresionó lo suficiente, como para que se entregara a sus pensamientos. El joven continuó:

—Usted no lo quiere a ese hombre; a usted la unen a la fuerza por un simple antojo de mi padre. ¿No es cierto?

Gabriela no atinaba a responder; hizo un movimiento con la cabeza, ni afirmativo ni negativo; pero Braulio se cercioró de que sus suposiciones no estaban equivocadas.

—Pues bien, si usted no lo quiere, es un hecho inaudito el de que la obliguen a juntarse con él.

—¿Y qué puedo hacer yo?, —barbotó la muchacha con tristeza.

—Es verdad ¡qué puede hacer usted, si tata es el que dispone de su persona a su capricho! La considera como algo suyo.

Al rememorar las barbarides cometidas por don Manduca, Braulio sentíase intranquilo, nervioso, tal vez encolerizado.

Volvieron los dos a permanecer en silencio. De esta manera, se escucharon mejor los rumores de la selva. Piar de tiernos pajarillos que desde los nidos llamaban a sus padres; cantos y trinos de *sabiaes* y cardenales; chirridos de cigarras ocultas; tenues susurros de hojas y, de lejos en lejos, ladridos de la jauría al dar con alguna alimaña en lo intrincado del monte.

Braulio que observó el efecto que sus palabras causaban en Gabriela, siguió hablando:

—Si yo pudiera protejerla, haría cualquier cosa por librarla de ese hombre.

La muchacha agradecida, lo miró con ternura; y Braulio añadió:

—Y cueste lo que cueste, debo protejerla, porque es mi deber, y más todavía, Gabriela, porque... yo te quiero.

Lo dijo sin pensarlo, en un momento de arrebato, pero no se arrepintió porque ella escuchó la declaración con naturalidad, sin sorprenderse. Y no podía ser de otro modo porque la muchacha había notado, aunque bien lo disimuló, el inmenso cariño que el joven le profesaba y que se traslucía en todas sus conversaciones y miradas.

Animado Braulio, volvió a repetir:

—Te quiero, Gabriela, y si tú permites, te voy a querer toda mi vida.

—No puede ser,—interrumpió la interpelada—su tata me ha destinado pa Indalecio.

¡Con cuánta pesadumbre y dolor, pronunció estas palabras! Por ellas Braulio bien hubo de convencerse de que Gabriela, también sentía en su alma un afecto sincero por él. Pero no: este amor, no podia dejarlo crecer, puesto que su destino ya estaba decidido. Desde luego, era menester cortarle las alas para que cuando fuera mayor, no sintiese ímpetus de remontarse a cumbres que no se hicieron para él.

Le explicó Braulio, que esa autoridad desmedida de su padre, se podía quebrantar apelando a la

justicia; que nadie podía decidir de su suerte; pero si tales razones llegaron a persuadirla, no bastaran, empero, para que diese amplias facultades Braulio.

—No; no diga usted nada. No piense más en eso.

Esta súplica, hizo contener la insistencia apasionada del joven. La miró detenidamente, procurando hallar la verdad de todo en sus ojos negros; mas éstos esquivaron la mirada, fijándolos en las mustias florecillas que pisotearon sus pies.

— Patrona, vengo avisarle que los caballos están ensillaos y que ya es medio tarde y la estancia está lejitos de aquí, — dijo Juancito que llegara sin ser sentido por ellos

— Sí, sí; vamonos, — exclamó Gabriela.

Las mujeres ocuparon nuevamente sus puestos en el carro, y Braulio subió a su cabalgadura con desaliento, por cierto más triste y pensativo que cuando había venido.

No bien abandonaron la selva, el sol, entre arreboles, se ocultó detrás de los pronunciados picachos que se elevaban en la lejana cuchilla, besando a los jóvenes su luz postrera, con cierta expresión de mortificante ironía.

X

Sin mayores novedades transcurrieron algunos días más. Benavides bien restablecido del golpe que llevara volvió a ocupar su puesto de capataz, notándose que los celos y el despecho se arraigaban cada vez más en su persona. Sin embargo, no surgieron otros incidentes entre ambos rivales, probablemente porque Braulio procuró evitarlos. Indalecio poco salía al campo, y en las horas que estaba en casa, se le veía cruzar el patio, con cualquier pretexto fútil, clavando sus ojos investigadores en las aberturas de la población, como si quisiese vigilar a Braulio y Gabriela. Pocas veces se aproximaba a ésta para hablarle. El decía que los novios no tienen porqué pasar largos ratos en dulce coloquio. Basta con decir lo más importante y asunto concluído. Por eso su conversación se reducía a preguntarle si realmente lo quería. Siempre, en el primer instante ella callaba; pero la mirada enérgica y amenazadora de Indalecio, obligábala a contestar con cierta cohibición que sí. Entonces Benavides asumía otra actitud. Una esforzada sonrisa se dibujaba en sus labios y todo su semblante resplandecía de gozo. Alentado por la afirmación de Gabriela, explicaba sus proyectos para el futuro, mas nunca mentaba una sílaba que se refiriera a su amor. Y era que este extraño

individuo, no sabía fingir. De ahí que dijese solamente lo que sentía. ¡Qué terribles situaciones para Gabriela! Verse a solas con él, obligada por las circunstancias a mentirle un cariño que no le profesaba, ni habría de profesárselo jamás! Y esto sucedía por no atreverse a manifestarle con franqueza la verdad de sus sentimientos. Además, poco lograría con revelarla. Estaba destinada a ser suya y, quieras que no, tendría que serlo. Para evitar reyertas, era que contestaba a las preguntas de Benavides afirmativamente.

Por otra parte, Braulio insistía en su cariño. Sus palabras sinceras, la tranquilizaban mucho y la hacían cobrar fuerzas para sobrellevar con más conformidad su difícil situación. Aunque el joven insistió una y otra vez en que aceptara su amor, se negó rotundamente; pero de una manera no muy explícita, por cuya razón, Braulio no perdía sus esperanzas. La lucha estaba empeñada, ¿cuál habría de vencer? Ni Gabriela lo sabía con certeza. El amor noble y generoso que le ofrecía el joven, le produjo tal bienestar y tal contento, que de buen grado, lo hubiera aceptado, a no mediar la resolución arbitraria de don Manduca. Y porque sabía que este amor era para ella un imposible, era que le decía a Braulio que bajo ningún pretexto podía tolerarlo. A todo esto, la situación se agravaba, pues por un lado, el joven hallábase convencido de que a la postre lograría su intento; por otro, Benavides, aunque con algunas dudas,

esperaba que saldría con la suya. Viendo que la tardanza de su unión, favorecía los planes de Braulio, una tarde recordó a don Manduca que la primavera expiraba y que su promesa aún no se había cumplido. El amo contestóle de mal modo, que él era hombre de palabra y que por lo tanto, se realizaría lo prometido. En vano fué que Indalecio volviera a insistir; don Manduca le dejó hablando y se marchó a sus ocupaciones.

Cierta mañana, cerca de mediodía, aprovechando que don Manduca y Benavides no se hallaban en la casa, Braulio se acercó a Gabriela.

La moza, al parecer, hallábase muy triste; lívido era el color de sus mejillas y los bordes de sus párpados los tenía hinchados y rojizos. Bien se notaba que había pasado mala noche y que había llorado mucho.

Al oir una vez más la voz de Braulio, enternecióse; y sus ojos, siempre duros en su mirar, posáronse en los de él, como si quisieran revelarle un gran secreto. El joven la comprendió, le tomó una mano y le preguntó con sigilo:

—¿Verdad que me quieres?

—Sí, mucho, mucho,—repuso la cuitada, entornando los párpados, avergonzada de haber descubierto un secreto que nunca pensó confiarlo a nadie.

Braulio retuvo la mano entre las suyas y le habló con entusiasmo de la dicha que experimentaba al saber que lo quería de veras. Pasados unos

minutos, Gabriela, bruscamente retiró la mano y se apartó de él.

—¿Qué tienes Gabriela? ¿Por qué te alejas de mí?

Viendo que la muchacha no contestaba, Braulio repitió la pregunta.

—Déjeme. No me hable más de su amor. Yo no puedo quererle.

En vano fué que el aludido procurase averiguar el cambio que se había operado en Gabriela.

—No se acuerde de mí, —respondía a cada pregunta.

Y por último, asediada por las exigencias del joven que con cambio tan inesperado púsose extremadamente nervioso, arguyó:

—No puedo... no debo quererle... Soy pa otro.

—¡Gabriela!—exclamó Braulio espantado de lo que oía. Pero ésta sin atenderle, dió unos pasos con rapidez y entró en su aposento.

¿Era posible que después de haberle manifestado que le amaba, se obstinara en decir que no podía, que no debía quererle? ¿Acaso sentiría algún afecto por su rival, o bajo la amenaza de éste, estaba resuelta a entregársele en cuerpo y alma? A cada día, a cada hora, se presentaba un nuevo misterio, un nuevo conflicto.

Por la tarde ensilló un obscuro azabache, y, pretextando que iba a recorrer el potrero de la invernada, salió al campo, solo, dispuesto a ir a casa de doña Faustina.

Caía un sol que achicharraba a cuanto ser viviente saliera a la intemperie; por eso Braulio, no apuró la marcha por no fatigar al caballo, que así mismo, sudaba a mares, llevaba caídas las orejas y dilatados los agujeros de la nariz.

La vieja salió a recibirlo.

—¿Qué lo trae por aquí don Braulio?

—Quisiera charlar un rato con usted.

—Pase pa dentro, que el sol está muy juerte.

Y antes de que traspusiera el umbral, agregó:

—Aquí se le va a recibir pobremente, nomás. No tengo otra cosa que cuatro trastos viejos, ansina como yo.

Braulio, sin responder, entró en la choza y se quitó el sombrero.

—Cúbrase, cúbrase,—decía doña Faustina, pero el joven no accedió a su pedido.

La dueña de casa salió afuera para encomendarle al *gurí* que avivara el fuego y preparase el mate; y durante su ausencia, el visitante pudo dar un rápido vistazo a lo que había en aquel cuchitril.

La choza, aunque denotaba haber sido construída pocos años ha, de mal trabajadas que fueron las paredes, habíanse desmoronado los terrones en varios lugares, dejando abiertos algunos tragaluces por donde penetraba el aire y la claridad. La pieza estaba alhajada con un catre, y encima de él, un colchón de paja sucio y mal oliente; un banco y dos o tres cajones llenos de andrajos y

trapos viejos. Además, veíase en un ángulo, un estante colgado de la pared que sostenía algunos menesteres de cocina y un mechón de cerda del que colgaba la mitad de un peine que, de lejos en lejos, le servía a doña Faustina para alisarse los desgreñados cabellos.

Nada causó más repulsión a Braulio, que el hedor nauseabundo que flotaba en el ambiente y que en el primer momento le obligó a taparse los agujeros de la nariz.

La vieja tornó arrastrardo las chancletas y fumando un cigarro de tabaco fortísimo.

—¡Qué güeno con don Braulio! Yo creí que usted no visitaba a los pobres, expresó con ironía, mientras se sentaba en el suelo, sobre un cojín que trajo de exprofeso para el caso.

—Usted sabe muchas historias, de otros tiempos y como aquí en la estancia, desde que llegué, nadie me ha contado nada, yo desearía que usted, que es antigua en el pago, me refiriese cosas de antes. Por ejemplo, de cuando mama vivía.

La vieja, lo miraba atentamente, con recelo.

—Vaya, cuente algo de mi madre y de lo que hizo tata después que enviudó.

—¿Pa qué quiere saber éso?

—Para enterarme de cómo ha sido tata durante su vida.

Estas palabras concluyeron por dejar perpleja a la pécora que hasta dudó de que estaba realmente hablando con el hijo de don Manduca.

Como éste insistía más y más en su pedido, doña Faustina concluyó por decirle:

—Güeno, pero antes quiero que me diga una cosa De veras ¿usté le anda arrastrando el ala a Gabriela?

Braulio titubeó si responder o no. Luego resolvió hacerlo:

—Sí, porque la quiero mucho.

—¡Ah!—Ta güeno... ta güeno.

—Esto no tiene nada que ver con lo que le he preguntado.

—Pero si el patrón supiera, no le iba a gustar que ande hablando ciertas cosas.

—Hable nomás sin miedo, que yo no voy a ir con chismes, —articuló Braulio, depositando en su mano una moneda de oro.

Hacía tanto tiempo que la infeliz no veía una moneda de tal valor, que la miró varias veces de ambos lados y luego la dejó caer sobre una lata, deseosa de escuchar su sonido.

—Suena lindo,—exclamó loca de júbilo, sin saber cómo agradeder la dádiva.

—Vamos, cuénteme todo, que ya es tarde y el tiempo pasa ligero.

Doña Faustina tiró el cigarro; salivó, y después de pasarse la mano por la cabeza, comenzó a referir la historia completa de la vida matrimonial de don Manduca con su esposa, la madre de Braulio; detalles que carecen de interés y que, por lo tanto, no hay razón para enumerarlos.

El joven la escuchaba con atención, sin perder gesto ni palabra de lo que hacía ni de lo que decía; y ésta, con ronca voz, continuó su narración, deteniéndose al final de los párrafos largos para tomar aliento; pero Braulio, impaciente, obligábala a seguir.

Después de referir cómo murió la esposa de Junqueiro, detúvose.

Braulio articuló:

—Y ahora, ¿por qué no sigue?

Ella le dirigió su mirada severa y escudriñadora.

—Porque... lo demás es una historia muy negra.

He aquí, en síntesis, lo que le contó a Braulio.

No pudiendo don Manduca acostumbrarse a vivir solo, decidió buscar una mujer que quisiese ser su compañera y al efecto, empezó a ir con frecuencia a casa de un convecino, hombre pobre, pero honrado y trabajador, de nombre Dimas Llorente. Poseía este hombre una esposa esbelta y gallarda. Don Manduca se enamoró de Rafaela, que así se llamaba la cónyuge de Llorente, y nadie supo qué medios empleó para conquistarla, pues breve tiempo más tarde la instaló en el puesto del «alto grande», y ahí quedó como mujer suya. Tenía una hija que la llevó consigo y que en esa época era muy pequeña aún. Esta criatura se llamaba Gabriela. Don Dimas, hombre bueno, pero altivo y valiente, al regresar de un largo viaje y enterarse de que el vecino le había secuestrado la

esposa, resolvió vengar la ofensa; y así lo hizo efectivamente, pero con tan mala suerte que perdió la vida en el lance. Es verdad que tuvo que luchar contra tres individuos, de los cuales uno era Benavides, mas nadie presenció la refriega. La hazaña quedó ignorada, porque don Manduca en complicidad con el comisario de la sección, arreglaron el asunto y aunque en el pago hubieron habladurías, es lo cierto que poco después ya nadie se acordó del muerto ni de cómo ocurrió el suceso. El hacendado brasileño vivió alguos años en compañía de Rafaela, pero poco a poco se hastió de sus encantos, debido al carácter brusco e indómito de ella; comenzaron las discusiones, los reproches y hasta los insultos de una y otra parte. Un buen día, él se alejó de la casa y no volvió más. Desde entonces, rompieron las relaciones para siempre. Quedó en el «puesto», en calidad de sirviente, doña Faustina; y Benavides como *agregado* para acompañarlas. Al poco tiempo, una noche...

Aquí interrumpió el relato; le temblaba la voz y sus ojos centelleaban en la obscuridad de la pieza, como dos linternas de luz fúlgida y potente. Braulio, cada vez más interesado por esta historia, la alentó a que continuase. Una noche, pues, concluída la cena, ambas mujeres tomaban mate en la cocina, cuando de pronto vieron que por las aberturas comenzaba a penetrar un humo negro y denso y lenguas de fuego, formando espirales inverosímiles, que con extrema celeridad devora-

ban el techo de la casa. Las dos huyeron hacia la puerta, siendo Rafaela la primera en salir. A poco doña Faustina, cuando intentaba trasponer el dintel, oyó un quejido y vió a Benavides que, con el facon en la mano, yacía junto al cuerpo exánime de la desdichada Rafaela en impávida tranquilidad. Doña Faustina, amedrentada, pretendió huir al campo, mas el capataz, con su brazo la detuvo. Le ordenó que recogiera a Gabriela que dormía en una de las habitaciones y ella, sin parpadear siquiera, cumplió el mandato. Montaron luego en dos caballos que el criminal tenía ensillados ya de antemano, y se dirigieron hacia el rancho en donde se hospedaba provisoriamente don Manduca, en tanto el « puesto del alto grande » seguía ardiendo y derrumbándose, sepultando entre los escombros, el cuerpo de la desventurada mujer.

De esta fechoría, nadie se enteró, porque bien se cuidaron de no divulgarla los tres cómplices. Aún así mismo, dió margen a que la gente de las inmediaciones hiciera mil conjeturas y señalase con el dedo, como único autor de crimen tan inicuo, al viejo Junqueiro Pintos.

Después de esta narración, doña Faustina miró a Braulio que hallábase anonadado por lo que acababa de escuchar, con la vista en el suelo y una rara expresión en su fisonomía.

—Historia negra y triste, ¿verdad?,—dijo por último, sacando a Braulio del ensimismamiento en que se hallaba.

—Supongo que todo lo que ha dicho es cierto.

—Por esta luz que me está alumbrando, le juro que tuito es positivo,—y juntando los dedos en forma de cruz, los besó.

Queriendo satisfacer de todos modos la curiosidad del visitante, empezó de nuevo a referir otros pormenores de la vida de don Manduca, pero Braulio dijo que no era menester que prosiguiese porque había averiguado lo que más le interesaba.

Y al instante, púsose en actitud de marchar; se caló el sombrero de fieltro y cogió la fusta que dejara colgando del picaporte al llegar. Doña Faustina lo acompañó hasta el *palenque* donde se hallaba el caballo, semi-dormido, espantando las moscas con pereza.

—Don Braulio, le pido por lo que más quiera en el mundo que nadita de lo que le conté vaya a decirle a su tata.

—Pierda cuidado; que por mí, nadie sabrá nada.

—Le recomiendo mucho don Braulio, que...

—No tenga miedo. Y ya que usted me pide algo, yo a mi vez le voy a pedir que no vuelva a majaderear a Gabriela con sus visitas y con sus charlas fastidiosas.

La vieja quiso excusarse, pero su intento resultó vano, porque el joven montó y se alejó de la choza, en tanto la extraña mujer seguía aún hablando y gesticulando con movimientos exagerados.

XI

Tan honda impresión causaron en Braulio los secretos de doña Faustina que optó por marcharse a Soriano, pero cuando se hallaba resuelto a efectuar el viaje, se acordó de Gabriela, pensó en su amor y tuvo que desistir de tal propósito. Por otra parte, era un egoísmo dejarla a merced de las arbitrariedades de su padre o Benavides. Era preciso estar a su lado para defenderla, para librarla de la acción bárbara e injusta que pensaban cometer con ella.

Con Benavides no volvió a hablar desde el incidente; ambos rivales mirábanse con encono y sentíanse mutuamente un odio profundo y acendrado

Indalecio, por su parte, empeñábase en conquistar la estimación de Gabriela; y como presumía que andando el tiempo podría perderla, pues veía que la moza se inclinaba por Braulio, valíase de todos los medios imaginables para obtener su afecto.

Por eso al principio empleó palabras duras y autoritarias; pero desde que estuvo enfermo, cambió de táctica mostrándose complaciente y benévolo para con ella. Mas de poco sirvieron estos ardides; Gabriela continuó siendo la novia huraña y desdeñosa.

Temeroso de que Braulio consiguiese por fin adueñarse del corazón de la muchacha, pasábase las horas acechando sus pasos; y por las noches, no pudiendo reconciliar el sueño, levantábase sin ser sentido de nadie y llegaba a la ventana de la habitación de Gabriela y allí estaba hasta la aurora, quieto, abstraído, acercando de cuando en cuando el oído a la reja a ver si percibía algún rumor.

Llegó un momento en que los celos le atormentaron de tal manera que un día, enderezó hacia la choza de doña Faustina, donde poco antes de morir la tarde, descabalgó sin ser sentido por ella.

Desde la mañana caía una llovizna finísima, que a esa hora recudecía, transformándose en copiosos aguaceros.

Cuando hubo maneado con prolijidad al rosillo y quitado los pellones del basto para que no se humedecieran, se acercó a la puerta y antes de entrar, miró lo que la estrambótica vieja estaba haciendo. Hallábase ocupada en avivar la llama y en preparar lo necesario para la cena; mas, al ver una sombra en el umbral, volvióse sobresaltada.

—Ah! ¿era usté, don Indalecio? Pase pa dentro, que áhi se está mojando.

El paisano, al ver que se encontraba sola, le preguntó:

—¿Y el gurí?

—Lo mandé que juese hasta lo de don Timoteo a pedirle un poquito de arroz. Y está demorando!

Dejuro se ha entretenido en la estancia, o de no, tiene miedo de hallar las cañadas crecidas.

—Así ha de ser, no más, —afirmó Benavides.

Después de una pausa:

—Y viene lindo que no esté aquí.

—¿Por qué?

—Porque tengo mucho que prosear con usté y quiero que naide nos escuche. ¿Ha oído?

—¿Y no he de oir? ¿De qué se trata?

—Aguardesé.

Benavides se asomó a la puerta; se cercioró de que estaban solos, y después de quitarse el poncho, se sentó en el único banco que había en la choza. La vieja hizo lo mismo sobre su hedoroso catre.

Y el capataz dijo que notaba a Gabriela más rara cada día y que era evidente que debía sentirse enamorada de Braulio, que los había visto juntos que ella lo miraba con ternura y que más de una vez se había dejado cojer la mano. Por último, le refirió los sinsabores que él pasaba: las noches terribles de insomnio y el temor que tenía de perderla.

La vieja se empeñó en tranquilizarlo, pero exaltado por la cólera, siguió hablando y maldiciendo a su *protector* y a su *negra suerte*.

—Calmesé, don Indalecio. Vea que no es güeno ponerse ansina; Gabriela va ser pa usté; no se apure por eso. Tengo confianza que el remedio que puse en el pocillo cuando estuve en la estan-

cia, la va hacer cambiar muy pronto. Y dispués, que al venirme pude sacarle una prienda pa... pa...

—¿Pa qué?

—Pa echarle un daño muy juerte,—exclamó la vieja con acento siniestro, guiñando un ojo.

Y mostróle el pañuelo de Gabriela.

El capataz palideció, pero como aquélla sonriera, él, con marcada hipocresía, hizo lo mismo.

No se sabe por qué extraña aberración, el supersticioso paisano sospechó que en aquéllo había mucho de fábula, y por eso le dijo:

—Desconfeo que dende que Braulio estuvo aquí, usté tuito lo que hace es en favor suyo. ¡Claro, como el mozo tiene muchos riales y es el hijo del patrón... conviene andar bien con él!

—Naide puede decir eso, porque es mentira, pura mentira.

—Tamién, si juese cierto...—la interrumpió Indalecio, con mirada amenazante.

La mujer continuó negando lo que éste pretendía afirmar y diciendo que mal pagaba su afán por conseguir el amor de la muchacha.

—Güeno, ya que dice que todo lo hace por mí, deme alguna cosa pa que se me pase esta rabia y ansina pueda creer que usté dice la verdá.

Por un breve lapso de tiempo, doña Faustina dudó si darle o no a beber algún elixir. Resolvió hacerlo, y púsose a buscar un frasco oculto entre la ropa que había dentro de un cajón, cuando

Benavides irguiéndose de pronto, la increpó:

—¿Se ha creído que voy a tragar sus cosas? Guárdeselas, nomás, que yo no tomo venenos.

Aquí se inició una acalorada discusión; la vieja, furibunda porque el capataz no creía en sus sortilegios, de cuyo poder hallábase plenamente convencida; éste, encolerizado porque le parecía que aquélla no se conformaba con traicionarlo, sino que hasta pretendía darle a beber un filtro infernal, quién sabe con qué premeditado propósito. Por las contradicciones en que incurría; por la agresividad con que trataba a su compañera y cómplice de sus infamias, es de imaginarse que no sólo ¡estos arrebatos provenían de su ira reconcentrada, sino que en tal instante padecía un ataque de enagenación mental.

Unicamente así se explica que cuando la discusión llegó a su punto culminante, Benavides desenvainara su daga, y fuese hacia la vieja con intenciones de quitarle la vida.

—Las vas a pagar todas juntas.

Doña Faustina que no esperaba por cierto esta agresión, se agazapó detrás del catre, en un ángulo de la choza. Ahora sí que sus ojos brillaban como los de un felino en la penumbra del atardecer; ahora sí que su aspecto imponente hacía recordar a las brujas del aquelarre, aquéllas que con los cabellos desgreñados, el busto enjuto, la cara pálida y rugosa, salían, según la leyenda, de las

cavernas del Brocker, montadas en escobas, los sábados al dar las doce de la noche.

La lucha fué breve, pero decisiva. La mujer se defendió como pudo, empuñando un palo que servía de tranca; se oyó por unos segundos crugir el catre, hacerse añicos algunos trastos y por último, ayes quejumbrosos que fueron lentamente apagándose entre el susurro de la lluvia que en estos instantes caía a torrentes.

Poco después, un hombre emponchado, salía de la choza. Se dirigió hacia el caballo que, de espaldas al viento, soportaba el chaparrón con resignada calma. Arregló el apero y montó, mirando de soslayo al mísero ranchito que quedaba perdido entre la densa obscuridad de aquel anochecer lóbrego y melancólico. El hombre no temió extraviarse, pues asaz de baquiano y avezado a estas andanzas, la luz lívida de los relámpagos servíale de antorcha para no perder el rumbo. Continuó la marcha al trote, y el bridón estremecido por el eco de los truenos lejanos movía las orejas y bufaba de miedo. Tan intranquilo e impresionado como el caballo, iba el jinete, que a pesar de querer serenar su espíritu, su cuerpo temblaba y su mirada clavábase en las sombras, como si temiese encontrar en todas partes los ojos fosforescentes de la *bruja.*

XII

Desde que se supo en la estancia que doña Faustina había sido asesinada, no sólo fué Braulio quien sospechó de que el criminal no podía ser otro que Benavides; algunos de los peones también así lo creyeron y por cierto que pronto se encargaron de divulgarlo; de suerte que, una semana más tarde, todo el vecindario acusaba al capataz de la muerte de la vieja. Sin embargo, la autoridad policial permanecía indiferente al hecho y ni siquiera por sospechas detuvieron a Indalecio ni le tomaron declaraciones. Bien es verdad que don Manduca habló a solas extensamente con el comisario y como ambos eran íntimos amigos, no se sabe qué convinieron entre ellos, pues una vez que los policianos dieron sepultura al cadáver, no volvieron por la estancia ni se ocuparon más del asunto.

Inútil fué que Braulio pidiese a su padre que se hiciese justicia; don Manduca le repitió varias veces:

—La cosa no es pa tanto. ¿No ves que era una vieja enredadora y sinvergüenza?

Un día festivo, en que casi todos los habitantes de la estancia salieron de paseo, Braulio buscó ocasión para hablar a solas con la muchacha. Tropezaron ambos por casualidad en la *sala,* y

aunque Gabriela pretextó algunos quehaceres, le pidió que lo escuchara.

—De unos días acá te noto rara, poco comunicativa, indiferente. ¿Qué te pasa? ¿Quieres de veras a Indalecio? Aunque fuese cierta esta terrible sospecha, necesito que me lo digas.

—¿Usted me cree capaz de eso?

—Es claro que me cuesta creerlo y por tal razón es que te lo pregunto. Me parece que nunca lo has querido. Pero lo que no me explico, es por qué cuando hablamos de él lo defiendes siempre, por qué te hallas tan triste y por qué procuras huir de mi presencia. Aquí se esconde un nuevo misterio. ¿Qué pasa Gabriela, qué pasa?

—Lo que le dije tantas veces, que estoy destinada pa ese hombre y que no puedo ser pa usted.

—Pero tú desearías serlo, ¿verdad?

La lugareña inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues si lo deseas, deja que yo arregle todo;

—No, no diga nadida. Váyase de aquí. Olvídeme.

—¿Volvemos a las mismas?

—No sé lo que digo... yo... estoy loca.—Y se echó a llorar.

Braulio la acarició; le dijo que desde ese día en adelante ya nadie ejercería presión sobre su voluntad, que para eso estaba él, para defenderla.

—Usted, quedándose aquí, me hace mucho mal.

—¿Te hago mal? ¿Por qué?

La infeliz, soltó el llanto de nuevo y de nada

valieron las frases de cariño y de consuelo que repetía Braulio.

—Explícame por qué te hago mal.

—No, no puede ser. Por todo el amor que me tiene, váyase pronto, mañana; y... no se acuerde más de mí.

—Cumpliré tu pedido, menos en lo que se refiere a olvidarte. Eso es imposible. Te quiero mucho, y este querer no se olvida tan fácilmente.

Permanecieron los dos en silencio. Gabriela. aún sollozaba y Braulio, de pié, agitado y nervioso, se apoyó en un mueble.

Mas de antuvión, acercóse a la joven y con voz queda, murmuró:

—Oye, estoy dispuesto a todo, menos a perderte. ¿Deseas que te libre de la tiranía de mi padre y de las asechanzas de Benavides?

—Llevarme de aquí, sería un disparate—balbuceó la cuitada. Cesaron los arrebatos de Braulio y volvieron a quedar en silencio.

Gabriela, al verlo con la cabeza apoyada en las manos, suspirando profundamente, se le aproximó; y cuando estuvo a su lado, le palmeó el hombro. Él la miró con amargura.

—¿Verdá que se va a dir?

—Haré lo que tú quieras. Me iré.

Luego Gabriela se dirigió a su habitación y Braulio pasó una buena hora entregado a sus pensamientos.

* * *

Desde que ocurrió el suceso de la choza, Benavides asumía otra actitud. Su ímpetu desmedido, de hombre acostumbrado a mandar siempre; su carácter bravío y fogoso; su mirada penetrante, ya no eran rasgos peculiares e instintivos en su persona.

Una mañana don Manduca en el momento en que se disponía a salir al campo, le preguntó:

—¿Qué está haciendo ahí, amigo?

—Nada; tomando el sol.

—Ta güeno. ¿No viene con nosotros?

—Me siento algo enfermo.

—Antonce, quedesé nomás.

Don Manduca llamó a Braulio y a varios peones para que fuesen en su compañía a hacer los trabajos del día.

Por el camino, Braulio le dijo a su padre:

—Tata, ha de saber que para la semana entrante pienso volver a Soriano.

—¿De veras, pensás dirte?

—Sí.

Iba a explicar las razones que lo impulsaban a alejarse, pero se contuvo considerando que sería vana empresa levantar querellas, cuando su decisión era irrevocable.

—Si usted está disgustado con alguien, debe decírmelo...

—No, con nadie; absolutamente.

—Siendo ansina...—repuso don Manduca sin terminar la frase.

Practicaron curaciones a los animales enfermos y a las doce llegaban de regreso a las casas.

La mestiza Ramona salió al encuentro de ellos. Había en su rostro una expresión de terror y de pena al mismo tiempo.

Don Manduca, comprendió que algo grave acontecía.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?

—Mucho de malo, patrón. Don Indalecio se jué y llevó... a la juerza, porque ella no quería, a la niña Gabriela.

—¡A Gabriela!,—exclamó Braulio, estupefacto.

El viejo estanciero, con gesto agrio, pero sin inmutarse mayormente, ordenó a la peona:

—A ver, cuente como jué eso.

Entonces Ramona, explicó lo acaecido.

Momentos después que salieron al campo, Benavides trajo su caballo *malacara,* lo ensilló con sus mejores arreos y se vistió con sus flamantes ropas. Llegaron dos peones, que tornaban de recorrer el campo y después de larga conversación con el capataz, la mestiza observó que mudaban de caballos.

Mientras efectuaban el cambio, Benavides se dirigió a la *sala* en busca de Gabriela. Allí la encontró. La sirvienta no supo decir lo que hablaron, pues hallábase en la cocina ocupada en sus menesteres. Breve debió ser el diálogo porque al momento oyó gritos, y cuando acudió en demanda de auxilio, vió que el capataz, iba hacia el galpón

llevando en brazos a la muchacha. Corrió tras él, pidiendo que la dejara, mas de nada valieron sus súplicas. Al llegar al caballo la alzó sobre el recado, y en un instante, él también hallóse en la silla, partiendo de inmediato. Los peones que presenciaron el atropello, siguieron detrás del raptor bien armados y municionados como fieles cómplices suyos.

En este punto del relato, Braulio la interrogó:

—¿Y para dónde fueron?

—Pa allá, pa allá,—repetía la mestiza indicando con sus dedos la entrada principal del bañado.

Braulio, se dejó caer sobre una pila de cueros secos y ocultó el rostro entre las manos. Poco después, cuando levantó la vista notó que su padre y Ramona no estaban ya en el galpón. Sólo los peones, unos en cuclillas, otros de pié, en silencio todos, miraban al joven con los rostros compungidos; demostración fidedigna del profundo pesar que también los embargaba.

Irguiéndose de pronto, dijo con entereza y resolución:

—¡Ah! bandido! Juro que te seguiré a donde quiera que vayas.

XIII

Braulio ordenó al pardo Mingote que fuera a traer los mejores caballos. Solicitó la ayuda de dos peones, los que de inmediato pusiéronse a sus órdenes, igualmente Juancito que no hacía otra cosa que sollozar en los rincones, procurando no ser visto por nadie.

Cuando iban a montar, apareció en el galpón don Manduca pálido y tembloroso, y dirigiéndose a su hijo, le suplicó que desistiera de su empresa.

—Eso faltaba; venirme con pedidos, cuando usted es el culpable de lo que está ocurriendo.

En seguida cogió el winchester, y dijo a sus hombres:

—Vamos, muchachos, que el tiempo apremia.

Los cuatro veteranos se unieron a él, llevando las armas en las cinturas, colgando de las muñecas los gruesos rebenques de cuero sin curtir y en los talones, ajustados a las botas, los afilados espolines.

Braulio estaba convencido de que podía contar con la gente que lo acompañaba para cualquier apuro.

Como primera medida, llamó aparte a Mingote y le manifestó que confiaba en él, porque había oído decir que era hombre avezado a tales aventuras y aún más porque sabía su pericia como

conocedor de los vados ocultos del río y de los escondrijos de la selva.

A pesar de la terrible excitación de sus nervios, sentíase más tranquilo desde que salió de la casa y se vió en pleno campo, quizá a corta distancia del hombre que le había secuestrado la mujer amada.

Mingote pretendió buscar rastros. Vano empeño. ¿Cómo hallarlos en la vega por donde iban, si con la tierra seca y el poco pasto, hasta las pisadas de los caballos eran imperceptibles?

El baqueano se detuvo. Permaneció algunos instantes callado, y luego, cuando hubo levantado el ala del descolorido chambergo, dijo:

—Venimos con mal rumbo. Pa mí que Benavides ganó pal «rincón del guazubirá», que es un lugar feísimo y medio difícil de llegar a él.

—¿Entonces...?

—Vamo a dir pa allá—agregó, señalando con la mano un inmenso pajonal amarillento como mies sazonada.

No soplaba brisa ni siquiera para mecer las flechillas; de ahí que los hombres, con el sol de frente, llevaran los rostros chorreados de sudor, las bocas semiabiertas y los pechos jadeantes. Y cuando entraron en el bañado, la marcha fué casi insoportable, sobre todo para Braulio no acostumbrado a estas travesías, porque si en la vega escaseaba el aire, aquí faltaba hasta para respirar, a causa de que el pajonal era tan alto que

escondía por completo la silueta de los jinetes.

Los corceles daban tropezones, caín en blando, metían los cascos en cuevas de peludos con grave peligro de dislocarse una pata y hacían levantar del suelo y de las ciénagas, inmensas nubes de mosquitos y jejenes que exasperaban a las bestias y no menos a los que iban en su lomo.

De a trechos, hallaban manchones exentos de paja; pero, en cambio, con charcos cubiertos de yuyos y plantas acuáticas que también obstaculizaban el paso de los caballos. Al estrépito que producía el recio choque de las patas en el agua estancada, dejaban de croar las ranas; y las nutrias trepadas en los gajos de los arbustos, arrojábanse a la laguna con ímpetu desmedido, desapareciendo bajo la superficie. Esta jornada duró una media hora aproximadamente; después entraron en cierta llanura, sin chilcas y maciegas y entonces los hombres se apearon para ajustar las cinchas y dar un buen merecido descanso a los bridones.

Después de un momento:

—Vamos,—dijo Braulio, y volvieron a andar.

Dado lo uniforme del terreno, lanzaron los caballos al galope, y en pocos minutos recorrieron el trayecto que había entre el estero y el monte.

Comenzaron a internarse en él. Mingote, como boquiano, iba adelante, y los demás de uno en fondo, seguíanlo paso a paso; primero, por entre espinillos, cuidando que las espinas no les des-

garrasen las ropas y la piel; después, por un abra de rica exuberante vegetación, donde pastaban un casal de venados que, al verlos, diéronse a la fuga ocultándose en las breñas, y ahora se hallaban frente a la estrecha *picada,* que según Mingote, conducía al « rincón del guazubirá ».

Al llegar el sol al poniente, fué cuando dieron con la ribera del río.

Las aguas enturbiadas por las raíces de las plantas, corrían con lentitud por dos cauces situados a cada margen, dejando en medio un extenso islote de arcilla salpicado de frondosos sarandíes.

De antuvión, el baquiano se detuvo; púsose en cuclillas para observar el rastro, y, con un ademán enérgico, hizo guardar silencio a los demás.

Se acercó a Braulio que lo miraba sorprendido, y mostrándole en la tierra la horma apenas visible de un taco de bota, díjole:

—Por aquí ha andao gente.

—¿Habrán sido ellos?

—Dejuro haber sido. De nó, ¿quién puede venir hasta este sitio si no es güen baquiano?

Intensa alegría embargó a Braulio los sentidos.

—Sigamos, sigamos — exclamó con júbilo, empujando a Mingote.

El sol habíase ocultado, y con rapidez extraordinaria tornábase negra la concavidad de la selva. Sus moradores instalados en las ramas o en las cuevas en que habían de pernoctar, despedían a la tarde con cánticos y aullidos que

repercutían por todas partes con formidable estruendo. Los árboles, en hileras desiguales, semejaban legiones de romanos prontas a cargar sobre el enemigo situado en la orilla opuesta; y de las corpulencias de verde follaje, orladas con florecillas distintas, desprendíanse fantásticas visiones que se diluían cuando los hombres se acercaban a ellas.

Cierta inquietud infundía aquella inmensa selva al anochecer, no tanto por ser de suyo imponente y temible, cuanto por la impresión que produce todo sitio lóbrego e inseguro.

En un descampado, Mingote se detuvo, y le dijo al joven:

—Vamo a dejar los caballos bien maneados y seguiremos de a pié, porque el «potrero del guazubirá» ta muy cerquita ya.

Los dejaron bien sujetos por maneas y cabestros y siguieron al baquiano después de quitarse las espuelas. Así iban, cuando de repente oyeron un fuerte aleteo y Braulio sintió en sus mejillas el roce de las plumas de un ave que al alzar el vuelo le alcanzó a tocar.

—Lechuzones!—dijo Mingote, con voz trémula.

En efecto eran dos buhos de ojos fosforescentes que, sorprendidos por los intrusos, huyeron a esconderse en el hueco de algún árbol centenario.

Los gauchos pensaron para sí que aquel era anuncio de mal agüero; pero Braulio que no creía

en supersticiones, atribuyó el encuentro a obra de la casualidad.

El guía exploró de nuevo el terreno.

—Patroncito, yo veo colorear algo a este rumbo. ¿No es fuego?

Cuando observó minuciosamente, añadió:

—Es fuego, sí. Es el fogón de los hombres.

Por entre la maraña, se divisaba el resplandor de una hoguera, que a buen seguro habría de ser, como creía el baquiano, el vivac de los matreros.

Hallábanse prontos a atacar ya, cuando sonó un disparo y una bala silbó sobre sus cabezas.

Habían sido sentidos por los malhechores.

Segundos después, los adversarios se vieron frente a frente. Los súbditos de Braulio se tendieron en el suelo, diseminados por aquí y por allá, agazapándose entre los juncos o detrás de troncos secos que les servían de trinchera y comenzaron a descerrajar balazos.

En la quietud del oscurecer, estallaron con estrépito las armas explosivas; y el ruído de las pisadas y el vocerío intermitente de los aguerridos, produjeron tal algazara, que la fauna montaraz, huyo despavorida en medio de fuertes alaridos.

Como el fuego arreciaba, los dos compañeros del capataz, volviendo la espalda a los contrarios, abandonaron a su cabecilla, quién los increpó rudamente; pero de nada valieron las amenazas, porque los secuaces sin obedecerle desaparecieron monte adentro.

Iniciada la derrota, Mingote y los otros peones acometieron a Benavides que en ese instante acorralaba a Braulio contra unos corpulentos sauces. El capataz, considerando quizás las malas circunstancias en que se veía debido a la falta de protección, desistió de su propósito y empezó a retirarse por un descampado que conducía a la ribera cercana. Entonces los tres paisanos, con los facones desenvainados, centellantes al fulgor indeciso de la hoguera, corrieron detrás de él, prorrumpiendo gritos injuriosos que el perseguido escuchaba sin responder.

Librado el joven del crítico trance en que se viera, pensó en su novia; y arrojando el fusil, fué hacia ella.

La muchacha, que presenció la reyerta sin valor para moverse ni para balbucir palabras de auxilio, arrojóse sobre su pecho, muda, inconsciente. Al besarla, notó Braulio que sus mejillas estaban frías como las de una muerta, pero que conservaban su pudor.

Ese fué el primer abrazo que se dieron y la primera franca demostración de amor que recibió el mozo de parte de ella. Así pues, al oprimirla contra su corazón, sintió que era suya, tan suya que ya nadie la arrancaría de sus brazos.

Entretanto, sus tres esforzados compañeros, seguían a Benavides que, retrocedía cada vez más, probablemente con intenciones de llegar al barranco para arrojarse al río, pues Mingote había lo-

grado herirlo de gravedad con su daga, en el rostro y en el abdomen.

—No aflojen, muchachos, que el hombre es nuestro.

Unos pasos más y el fugitivo con bastante rapidez, quitóse el saco y el sombrero y se lanzó al abismo. El cuerpo chocó en las calladas y apacibles aguas del Yaguarón y hundióse en su seno para después volver a aparecer en la superficie. La luna, que desde el cenit blanqueaba la corriente, permitió que los hombres viesen el cadáver.

—Se ha ahogao—exclamó Mingote. Y los tres, en un arranque de respeto al muerto, simultáneo e instintintivo, se descubrieron la cabeza y lo contemplaron desde el barranco. Volvieron donde estaba Braulio a comunicarle el trágico fin de su rival.

Mientras los peones arreglaban los aperos en sus respectivos caballos los jóvenes aprovecharon la ocasión para hablar a solas.

—Braulio, cuanto le agradezco lo que ha hecho por mí.

—Bah!; eso no vale nada. Sin embargo, si te hubiera obedecido cuando me pedías que me fuese, hoy serías mujer de él. Pero ahora, nadie mandará sobre ti más que yo. Serás mi esposa.

—Braulio, usté merece una mujer más linda, más buena y de más luces que esta campuza. Soy tan poca cosa!—balbuceó la joven con timidez.

—Te quiero así como eres, con toda tu rudeza. Yo sabré hacer de la tosca piedra el bruñido diamante.

Loca de júbilo y agradecimiento, Gabriela se apoyó en el cuerpo del joven acercándole la cara para que se la besase de nuevo.

Más tarde, los cuatro, guiados por el baquiano, tomaron la senda que los conducía al exterior, y a lenta marcha, por un sendero lleno de tortuosidades y bifurcaciones, salieron al campo libre, el que veíase hasta larga distancia merced a la luz límpida de la luna.

Gabriela preguntó:

—¿Y ahora?

—Te llevaré a casa del vecino Nicasio Giménez, y allí quedarás hasta que nos casemos.

La joven volvió a agradecer su generoso ofrecimiento con los ojos llenos de lágrimas; lágrimas de alegría, de gratitud, de felicidad.

Siguieron.

Braulio, al cruzar aquellos campos por última vez, sintió recrudecer en su pecho la indignación que, desde su llegada, produjéranle las villanías y mezquindades de los habitantes de la vieja estancia de su padre, cuyo pesado edificio ya aparecía en lo alto de una cuchilla.

Sus labios no pudieron por menos de apostrofarlo:

—Tierra maldita! que sobre tu suelo se consumaron crímenes alevosos y bajas venganzas.

Desde ahora quedas libertada de tus opresores: la barbarie y la superstición. Desaparecidas ambas, al ave de rapiña le faltan garras con que cometer nuevos delitos. Se acabó para siempre el dominio de la malevolencia, del cuatrerismo y de la ignorancia.

